

La Ilustración Artística

AÑO XXXI

BARCELONA 23 DE DICIEMBRE DE 1912

NÚM. 1.617

BARCELONA. SALÓN PARÉS.—XIII EXPOSICIÓN DE LA SOCIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Carlos Vázquez tiene personalidad artística propia, y su nombre, tanto o más que en España, es conocido y celebrado en el extranjero. Observador profundo de tipos y costumbres de nuestro país, sabe trasladarlos al lienzo con toda su belleza pintoresca y con todo su valor étnico.

Sus cuadros, además de ofrecer este interés que pudiéramos llamar de fondo, se nos presentan con los encantos de una forma primorosa; correctísimos en el dibujo y brillantes, só-

lidos, en el colorido. El lápiz de Vázquez traza con admirable seguridad figuras y cosas, y su pincel sabe combinar en la paleta tintas jugosas y ponerlas en la tela con un sentido de armonía que evidencia su alta conciencia de artista.

La obra que en esta página reproducimos, y que actualmente figura en la XIII Exposición que la Sociedad Artística y Literaria celebra en el Salón Parés, está destinada al próximo Salón de París.



MOSQUITOS MANCHEGOS, cuadro de Carlos Vázquez

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el quinto y último tomo de los correspondientes a la serie de 1912. Es la preciosa novela de la celebrada escritora francesa Matilde Alanié

Y EL AMOR DISPONE

que no dudamos ha de ser del completo agrado de los lectores así por lo interesante del argumento como por las bellezas de estilo, que han conquistado a su insigne autora uno de los primeros puestos en la literatura francesa contemporánea.

El tomo va ilustrado con hermosas láminas de A. Mas y Fondevila.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La nostalgia errante*, por la condesa del Castellá. — *Un circo americano ambulante*. — *La guerra en los Balkanes. La conferencia de Londres*. — *El príncipe Leopoldo de Baviera*. — *Obón Lessing*. — *Barcelona. Homenaje a Mañé y Flaquer*. — *Vital Aza*. — *Matrimonio secreto* (novela ilustrada; conclusión). — *Barcelona. Recepción del «Orfeó Catalá» por el obispo Dr. Laguarda*. — *Melilla. Juegos Florales*.

Grabados.—*Mosquitos manchegos*, cuadro de C. Vázquez. — Dibujo de C. Vázquez, que ilustra el cuento *La nostalgia errante*. — *Reflexión primera*, cuadro de A. Parladé. — *Un circo americano ambulante*. — *La guerra en los Balkanes*. — *Marruecos. Vistas de Tetuán. Una boda marroquí. Aldeanita de León; Viejo filósofo de aldea; Carmen; Estudio*, cuadro de M. Peña. — *Mirando al mar*, cuadro de R. Domingo. — *Soledad*, cuadro de E. Meifrén. — *El príncipe Leopoldo*. — *Obón Lessing*. — *Vital Aza*. — *Notas de Barcelona*. — *Melilla*. — *Los Juegos Florales*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Si la guerra universal está a punto de encenderse, como vaticinan los pesimistas, ¡terrible Noche Buena la que se prepara!

La discusión eterna renace, evocada por esta fecha de poesía y de amor, en que la infancia y la maternidad sonríen, entre la paja de un pesebre inundado de luz y en torno del cual se esparce la melodía de un coro de serafines. La guerra, ¿es o no contraria a la doctrina de Cristo? ¿Cómo debe entenderse el precepto «no matarás»?

Por uno y otro lado los argumentos abundan, y claro es que hay en nosotros dos tendencias encontradas y que, por turno, los argumentos convencen o parecen baladíos y míseros.

Yo creo que nadie es cruel por el gusto de serlo, o que, por lo menos, contadas serán las personas que hallen fruición en un mal que de nada les sirve, que no conviene a sus fines particulares. Por eso, cuando se diserta sobre la guerra, si la mayoría sigue su instinto la condenará. No hablo ya de personas extremadamente sensibles; hablo del vulgo. De la guerra, lo primero que salta a los ojos es la sangre, el estrago, el horror, las madres llorando, los heridos gimiendo, los buitres graznando, las casas ardiendo, y demás escenas espantosas que la guerra trae consigo. Y es imposible que nadie deje de estremecerse ante tales cuadros, por poco que la humanidad reine en su alma. De este estremecimiento a reprobar en absoluto la guerra, va poco; y casi todos juzgan por impresión y la reprueban más o menos severamente.

Yo quisiera mirar esta cuestión a la luz de la misma estrella que guió a los Magos hacia el humilde albergue del Niño... La luz de la estrella, no cabe duda, es pacífica y amorosa; pero muy lejos de haber extinguido la guerra con su resplandor, dijérase que la ha encendido, y para siempre. Lo cual significa que el establecimiento del Cristianismo en el mundo, y su difusión, como religión civilizadora, expansiva, católica, o sea universal, ha sido y tiene que ser causa y origen de guerras sin cuento, como lo es todo acontecimiento enorme, trascendental, que agita a las multitudes por espacio de cientos de años y las lanza a nuevos ideales.

Tal es la verdad y tal la enseñanza de la filosofía de la historia; la demostración más patente nos la da esta formidable lucha actual que, iniciada en los Balkanes, puede propagarse a toda Europa, y a cada hora tememos que se propague.

El fondo de tal guerra es religioso. Sé de sobra que median intereses y aspiraciones de otra índole. El uno quiere un puerto en el Adriático, el otro un jirón de tierra que redondea su geografía, éste la ciudad importante que antaño poseyó, aquél la indemnización que ha de servir para acrecentar su fuerza defensiva. Y se me dirá, ello no tiene nada que ver con las creencias. Pero repárese que, si las creencias fuesen las mismas en turcos, servios, montenegrinos, búlgaros y griegos no existiría el odio engendrado por la pelea secular, no habría matanzas, profanaciones, quemadas de aldeas, y existiría so-

lidad entre la Puerta otomana y sus provincias, existiría un lazo difícil de desatar. Por algo Cristo dijo que no era paz, sino espada, lo que había venido a traer a los hombres. Mientras gran parte de la humanidad entienda tan hondas cuestiones de un modo y otra gran parte de otro, no hay paz posible; la paz es un sueño baldío. Cree la gente que la guerra es la marcha de dos ejércitos, para embestirse y disputarse la victoria. Y eso no es sino el chispazo de la guerra, no es sino lo que aparece y desaparece en un minuto, porque para la historia, los años y los meses son minutos, segundos, fracciones de segundo quizá. La guerra, bien mirada, es la discordia, es el incesante conflicto de intereses y deseos de los pueblos y las razas, aunque no se esgrima un cuchillo ni un tiro se dispare. Y yo envidio al que crea que suprimiendo cuchillos y fusiles, la paz se establecería. Ignoro si el porvenir prepara otras maneras de guerrear diversas de las actuales, pero dudo que nunca se modifique sensiblemente la gran ley de la naturaleza, la lucha de todos contra todos. Quien reclame derechos o los defienda, en último término, a la fuerza habrá de acudir.

Ya sé que también hay escuelas que han decretado la supresión de las nacionalidades. Con un plumero borraron las fronteras, declaradas ilógicas y absurdas; con un tiralíneas repartieron en casillas simétricas el globo y, numerada cada casilla, las soldaron con un pacto fraternal, que las hace a todas iguales, a todas libres, a todas buenas, a todas felices y a todas un paraíso...

Entretanto las montañas de los pequeños Balkanes o, para hablar más castizamente, de los Balkanes menores, arrojan sobre el núcleo del imperio otomano cascadas de combatientes. Su pleito es secular, histórico. Decídes que no hay fronteras. Las hay y es lo bueno que pueden ensancharse. Turquía se ha engrandecido por la conquista y la fuerza; la fuerza y la conquista van a consumir su desmembración. Ya sus antiguas provincias se han ido erigiendo en Estados independientes; ya ese conjunto de pueblos, que no pueden ser turcos..., porque son cristianos, Grecia, Bulgaria, Montenegro, Servia, Bosnia, Herzegovina, han ido limando sus cadenas, poco a poco, con titánico esfuerzo, entre charcos de sangre, y cada vez más fuertes, preparan una confederación que las eleve a la altura de las grandes potencias. No es fácil que hubiesen conseguido tal resultado, con discursos pacifistas.

¡Sí; arroyos de sangre han corrido, en tantos años y ahora, y sabe Dios cuánta queda por derramar... Si los pueblos abatidos cesan de defenderse, la sangre continúa corriendo, sólo que, como en los mataderos, es el pobre rebaño sacrificado sin que lo sepa nadie, allá, muy lejos, en los valles remotos... No: cien veces vale más la guerra que la opresión. No conozco demostración tan clara de la necesidad de la guerra como este caso de Oriente. Los periódicos nos refieren la furia de los albaneses contra los niños cristianos. ¡Hay cosa más horrible, atentado igual a degollar y mutilar un niño! Continúa la rabia de Herodes, en estos soldados musulmanes, que escupan a las enfermeras, pegan fuego a los jergones y quieren evadirse del hospital, sólo por cortar el cuello a un niño, porque ese niño fué bautizado con agua, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Para que la paz universal, sea algo más que uno de esos tópicos que se prestan a infladas disertaciones, sería preciso que el Niño divino que respira placidamente, en su gruta, entre la mula y el buey, fuese adorado con igual fe por todos cuantos hombres cubren la superficie del globo; y que esos hombres, además, tuviesen todos igual estructura moral, iguales intereses, marchasen a igual fin; que todo cambiase hasta un punto imposible de prever, ni de comprender, y fuera mejor decir sencillamente: hasta un punto imposible...

La guerra, es cierto, ha perdido algo su carácter de bárbaro. El derecho de gentes no es una fantasía. Muchas cuestiones se arreglan con negociaciones y tratados. Esto es un bien, un fruto del adelanto general. Por mínima que sea la benignidad y la humanidad que observen los combatientes, siempre habrá que ver en ella un efecto de la claridad celeste que alumbra al santo Párvulo, acostado sobre el heno, trémulo de frío... Es el Cristianismo el que inició la piedad. Quizás— aunque por ahora no se ha podido notar síntoma alguno de ello— la guerra tienda a desaparecer. Lo que aseguro es que no desaparecerá por los medios que hoy se emplean para desterrarla, y entre los cuales hay algunos cien veces más feroces que la guerra misma.

A nosotros el Niño nos ha traído la probable terminación de las campañas en el Rif, por medio del tratado franco-español, que si no es una solución muy ventajosa para nosotros, tiene la inmensa ven-

taja de ser eso, una solución. Nos han quitado cuanto han podido; nos han trasquilado; pero eso sería lo de menos, si lo que nos dejaron lo supiésemos usufructuar. Aunque mi amigo el sutil Unamuno proclame que es un gran bien hacer el primo, yo entiendo que si España, desde siglos atrás, no lo hubiese hecho tanto, nos iría mejor a Unamuno y a mí y a todos.

Francia ha pasado por varios sistemas y formas de gobierno: el imperio, la república, la monarquía, la república otra vez, otra vez el imperio, y vuelta la república, con vistas al socialismo; pero con tantos cambios y el carácter de sus actuales instituciones, que representan en Europa lo más avanzado como sentido (exceptuando a Portugal), Francia no ha dudado nunca de que tiene derecho a poseer colonias, a ejercer protectorados, a defender sus posesiones de África, derecho que a España se le discute diariamente, habiendo quien en serio proclamaba que debíamos devolver la plaza de Melilla a las cabillas o al sultán o al Rogi o a quien fuese, con Ceuta y el Peñón de propina, y un ramito de miosotis por recuerdo. El Tratado, mal o bien, viene a consolidar nuestro fuero, y en ese sentido debemos regocijarnos, aun cuando nadie se haya regocijado, que yo sepa, de que se firme y ratifique. Nos escamotean a Tazza y a Fez... Nos dan el hueso. Para lograr carne, hay que ser fuerte como el león o cualquiera otro gran carnicero. Harto se sabe. De todos modos pierde el pleito y ganará si concluye, dicen, y lo que ahora conviene es que arreglemos debidamente ese territorio que, en realidad, ya de nosotros espera el pan y el palo.

Marruecos, el Marruecos que protegemos, debe ser nuestra escuela de guerra, el punto donde nuestro ejército se adiestre en las fatigas y abnegaciones militares. Debe además ser objeto de minucioso estudio, para que nuestra soberanía haga de ese retazo de África un mercado para el comercio y un país tranquilo y floreciente..., hasta donde lo permita su topografía y la condición de sus naturales.

Francia, hoy, es dueña de vastísimas posesiones en África. La humanitaria República no se descuida en tender su bandera tricolor sobre el mapa, y cuando leemos los nombres de las ciudades que, al cabo, le pertenecen, aunque no estén del todo incorporadas a su nacionalidad, no podemos menos de pensar, con melancolía, que son ciudades donde la memoria de nuestra grandeza todavía levanta profundos ecos... Argel nos habla de Cervantes, de su cautiverio, de los renegados crueles, de las moras bellísimas enamoradas de españoles gallardos y cautivos; Orán evoca las figuras majestuosas de Cisneros, de Hernán Cortés, de Carlos V; Bugía, Mostagán, Tremecén, el Estado de Túnez entero son familiares a nuestra imaginación española, en la cual ruedan fechas y nombres gloriosos, como guijas en la playa; Fez, Tafílete, Marruecos tampoco parecerán ajenos nunca. Nosotros hemos vivido siempre ocupados del África, si no tanto ni del modo que debiéramos, al menos lo bastante para que la idea africana sea una idea hispánica, como si los dos territorios, accidentalmente separados por misterioso cataclismo, ansiasen volver a reunirse ya en abrazo, ya en lucha cuerpo a cuerpo, que también es manera de unión y muy estrecha. Hemos peleado siempre con los moros, siglos y siglos, con alternativas, pero sin abandonar la actitud, y según más combatíamos se dijera que el odio se apagaba mientras la hostilidad no cesaba nunca. Ninguna mala voluntad profesan a los moritos los españoles; muchos les tributan simpatía, como el ya difunto e ingenioso Eugenio Silvela, que tenía por la vida marroquí y hasta por los rifeños una especie de culto.

Ni aun en los tiempos de la Reconquista— y de ello es testimonio el Romancero—, fueron objeto de saña ni de desprecio para nosotros los africanos. Su sangre corre íntimamente mezclada con la nuestra, según fácilmente verá quien recorra nuestras provincias de Levante y Mediodía. Estamos, pues, en las mejores condiciones para ejercer útil influjo en los países sometidos a nuestro protectorado. Pero convendrá poner en ello una atención que aquí no se concede a muchas cosas, y acaso menos a las importantes que a las fútiles. Y será bueno, sin exagerar la nota, dentro de la mayor tolerancia, cristianizar lo que se pueda; porque de otro modo, el Rif, con sus mujeres convertidas en bestias de carga, seguirá siendo un país salvaje, sucio y traicionero, aunque nos lo pinten dechado de patriarcales virtudes. En lo posible, pues a nadie se le convierte por fuerza; por medios propios de la moderna edad, ojalá nazca en el África española el Niño que acaba de nacer en Belén, en otro país semítico, de endurecido corazón y ciegos ojos.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA NOSTALGIA ERRANTE, CUENTO DE NAVIDAD, POR LA CONDESA DEL CASTELLÁ, dibujo de C. Vázquez



El polvoriento carromato se detuvo en la solitaria plazuela de los suburbios; crujieron los mohosos herrajes y se abrió la mísera vivienda trashumante dando paso a Polichinela, Arlequín y Colombina, que junto al estribo inspeccionaron la gran ciudad, luciendo del otro lado del río el esplendor nocturno de sus focos potentes.

Al puente se encaminaron Arlequín y Colombina; Polichinela fué a buscar el abrigo de la taberna cercana.

En el carro dormía Bibí profundamente y velaba su sueño el perro de lanas Emperador, cuando se acercó a despertarle Bobo, el hércules grotesco, recio, de corta estatura, de cara imberbe, todo él cuadrado y macizo; tenía en la mano un tazón de leche humeante, que hubo de ver el pequeñuelo con el rabillo de sus ojos azules y pronto los abrió desmesuradamente.

Era Bibí un delicioso saltimbanqui de cuatro años, con rizos de oro, naricilla respingona y una boquita de querubín. Su cena había sido frugalísima, porque no podía ni debía engordar, so pena de fallar los *trucs* de Bobo; Bobo que sentaba a Bibí en su manaza, que lo paseaba en pie sobre su cabeza, que se lo colgaba del dedo meñique, que le hacía saltar a la cuerda sobre su abdomen, que lo tiraba por el aire recordándole con los pies..., y demás lindezas que entusiasmaban al público y hacían llover monedas en la bandeja de Colombina.

El nene había apurado la taza de un sorbo y envuelto en su mantita se incorporó escrutando la cara de Bobo con un gesto impagable...

—No están esos, Bibí..., y el mozo guiñaba uno de sus cándidos ojuelos, se han ido a la ciudad... Por aquí hay pocas casas; en una me han dado tu leche y he visto... unas cosas...

El pequeñuelo se convierte en un punto de interrogación. Bobo continúa:

—Había una sala grande, una abuela vestida de reina, muchos niños, una mesa con frutas y un arbolito con luces y juguetes y polichinelas de raso.

—¿Como el abuelo?..

—Mucho más bonitos, contesta Bobo gravemente.

—Quiero verlos...

—No puede ser, interrumpe el acróbata; han dicho que esperaban al Sr. Noel y me han dado con la verja en las narices.

Bibí y Bobo sienten un extraño desconsuelo, una nostalgia indefinida; el Emperador mueve la cola y los mira con mucha conmiseración... Bibí trata de evocar cosas bellas que oyó relatar a Colombina, pero son memorias confusas; era entonces muy pequeñito, aprendía llorando de miedo los *trucs* de Bobo y le daban azotes y algunas veces regalicia y su madre prometía contarle un cuento...

¿Y Bobo? No piensa en nada; agradece aquel don material con toda su alma de bestia humilde y recuerda la sala iluminada, el árbol reluciente y los niños que aguardan a un tal Sr. Noel.

—Bobo, dice el pequeño, llévame a esperarle. Bobo se queda estupefacto... ¿A esperar a quién? ¿Dónde?

—Llévame, insiste Bibí, le seguimos..., y entramos con él...

Bobo ha comprendido y una sonrisa le corta la cara de oreja a oreja; luego como un autómatas busca un lío de ropa; tiende a Bibí, sin decir palabra, un pingo brillante y empieza a vestir sus mallas; Bibí enfunda piernas y brazos en las suyas y se vuelve de espaldas para que se las abroche Bobo. En un santiamén están listos y con unas chaquetas raídas sobre los hombros salen al aire libre; después de la mal oliente penumbra del carro, los conforta la serena claridad de la noche.

¿Dónde irán? Bibí, cogiendo de la mano a Bobo, le mira interrogativamente y a la luz de la luna la cara del rapazuelo es un poema de tensión. Bobo cavila poniendo un ceño absurdo y resuelve por fin. Irán... por la carretera; por donde ellos han venido, deberá llegar el Sr. Noel, y dejan el suburbio y el puente y se hallan presto en el camino que blanquea entre los troncos oscuros de los árboles corpulentos. Es una noche admirable de cielo azul turquí constelado, donde boga una luna de nácar ideal; el aire es frío, transparente e inmóvil, y en el silencio profundo cruje la escarcha debajo de los pies. Va la carretera entre los campos yermos y el bosque perenne; sobre el polvo endurecido se proyectan sombras livianas que va saltando Bibí, y a veces el río que serpea en lontananza se acerca en una curva imprevista y deslumbra como un espejo bruñido.

Pasan aldeanos con carretas de hortalizas en di-

rección contraria y curiosean extrañados el grupo lamentable de Bibí y Bobo, con sus zapatillas blancas, sus mallas de algodón color de rosa y el torso ceñido de lentejuelas y talcos multicolores asomando por las raídas chaquetas; pero los payasos siguen impassibles y andando pierden la noción de las cosas, hasta que Bibí se para en seco.

—No quiero andar más. —Ya habrá pasado el señor Noel, dice Bobo perplejo.

—Esos que pasaron no eran señores, afirma el chiquitín.

Y Bobo asiente rascándose la rapada y esférica cabeza en espera de que Bibí tome una iniciativa y el hombrecito se planta en jarras delante de él y la toma:

—Vamos a casa; tú llévame a cuestas.

Bobo obedece encantado, vuelve grupas y toma carrera hacia la ciudad; cuando se percata de sus luces en el río está jadeante y pro-

pone a Bibí descansar en un deleitoso bosquecillo junto a la cuneta y ambos penetran bajo los árboles tupidos a pesar de la estación.

Muy luego se detienen; ante ellos hay un personaje que los mira sin pestañear; es alto, pálido, de rostro bellísimo que encuadra una luenga barba rizada y nívea; viste una hopalanda de armiño escarhada como el gorro que toca sus blancas guedejas y se apoya en un cayado de plata; de sus ojos se desprenden lagrimones diamantinos que caen en el musgo con un tenue sonido de cristal.

Bibí y Bobo se quedan con un palmo de boca abierta y más cuando el magnífico anciano les dice con voz grave:

—Acercaos. Confusos, temblorosos, los saltimbanquis se acercan y cogidos de la mano hacen su más profunda cortesía, como ante un público inusitado y selecto.

—¿Quién sois y adónde vais? Bobo traga saliva, se sonroja y tartamudea:

—Somos Bibí y Bobo, esperábamos al Sr. Noel y ahora volvimos a casa para que no nos pegue Polichinela...

Una paz infinita descende de lo alto; filtranse los rayos lunares por las ramas escuetas y hacen deslumbradores la hopalanda del viejo y las mallas de los payasos; un mirlo se pone a silbar en la espesura...

—Y... ¿para qué buscabais al Sr. Noel? Bibí y Bobo no saben qué decir; atrozmente intimidados por la luminosa mirada del viejo, respiran ansiosos y a hurtadillas expresan su consternación.

—¡El Sr. Noel soy yo! Las palabras caen en el silencio nocturno con una magia sin nombre.

Como movidos por un resorte, los atónitos acróbatas dejan caer sus chaquetillas, dan sendas volte-

Y el Sr. Noel señala con el cayado delante de sí

— Carlos VAZQUEZ —
1912

retas y al fin saludan con los dedos sobre los labios y luego sobre el corazón.

El personaje pierde su gravedad y se ríe como un Gambrinus de taberna; su barba se agita como cascada espumosa y apoya las manos en los vacíos con el mismo gesto plebeyo de Polichinela en regocijo. Bibí y Bobo se contagian y se ríen también; el chiquillo toma confianza e interpela al Sr. Noel.

—Llévame ahora contigo.

—No voy a ninguna parte.

—¿No vas a la ciudad?

—¿Para qué?, responde tristemente. En las ciudades no creen en mí.

—Te estaban esperando.

—¿Es posible que esperen los que ya no creen?

—Te esperan la abuela y los niños en la casa de la verja.

—Aun hay gentes de buena voluntad, musita el anciano al acariciar los rizos del niño.

—¿Queríais verlos?, añade.

Y el Sr. Noel señala con el cayado delante de sí.

Diminuto, como en el Guignol, surge el cuadro: el hotel, elegante; el salón, iluminado; la mesa, cubierta de manjares, y el árbol de Navidad lleno de luces y juguetes costosos; la abuela vestida de terciopelo con las manos enojadas, que sonrís dichosa, y los niños en torno del árbol legendario.

Bibí y Bobo, sugestionados, no saben apartar la vista de aquella dulce aparición hasta que los deslumbra un resplandor vecino; entonces ven al

Sr. Noel ante una mesa primorosa, bajo un pino salpicado de luces, exornado de juguetes de oro y plata y la pequeña visión palidece ante la inesperada apoteosis.

Bibí y Bobo están fuera de sí; no analizan, presienten vagamente que aquel momento es decisivo y solemne y prepáranse a obsequiar con su mejor ejercicio al poderoso Sr. Noel...

Pero suenan doce campanadas lentas y vibrantes; su onda sonora se extiende por la calma nocturna como una caricia musical y, caso inaudito, el señor Noel invita a su mesa a los pobres payasos hambrientos...

La cena es muy alegre y cordial; el anciano celebra las gracias del niño, mira complaciente a Bobo que devora con expresión beatífica, les ofrece los más finos manjares, los frutos raros deliciosos, las perfumadas confituras exquisitas y bebe con ellos en cálices de opalino cristal un néctar espumoso y dulce que marea, regocija y tuerce poco a poco el gorro del Sr. Noel.

Luego el árbol maravilloso inclina sus ramas pródigas y brinda a Bibí y Bobo su precioso botín.

Cuando, cargados de presentes, hablan de regresar, el magnífico Sr. Noel se ofrece a escoltarlos y está tan jovial que se tambalea por el camino (como Polichinela cuando bebe), pero ellos saben que aquel es un alto y poderoso señor...

**

—¡Ah, pillos, granujas, al fin os encuentro!

Bibí y Bobo despiertan azorados; Polichinela, más borracho que de costumbre, envuelto en su hopalanda raída, con el gorro de piel de oso, calado

hasta las cejas, les reparte cachetes y pescozones.

Los ha encontrado durmiendo en la cuneta y en traje de mallas para más execración. Su cólera es terrible.

A puntapiés se los lleva a su vivienda trashuman-

confusión y de un tumulto verdaderamente babilónico, lo cual tiene su explicación natural en el hecho de pertenecer a las más diversas naciones los artistas que en tales circos están contratados.

Por regla general, los indígenas de América, es decir, los indios y los *cowboys* constituyen la mayoría de este personal. Junto a ellos hay los tcherqueses con sus pequeños caballos y los indios de Asia con sus elefantes; estos animales, que luego tomarán parte activa en las funciones, son utilizados por de pronto para arrastrar los vagones hasta el sitio en donde han de quedar definitivamente instalados y para descargar lo que dichos vagones contienen.

Sucede muchas veces que hay que atravesar un terreno pantanoso y que veinte caballos no son suficientes para tirar de un vagón; entonces se echa mano de uno de aquellos paquidermos que con su fuerza colosal empuja el vehículo y lo saca fácilmente del atolladero.

Cuando se ha descargado todo lo que el convoy contenía, una larga y ruidosa comitiva se dirige al lugar en donde han de levantarse las tiendas de campaña destinadas a albergar aquella población transhumante compuesta de los elementos más heterogéneos.

Para la instalación de este campamento bastan dos horas, pues en esos circos todo se hace, como antes decimos, con vertiginosa rapidez.

Hecha la instalación el personal repara sus fuerzas en el vagón

restaurarán y luego todos se emplean en los preparativos para la representación que debe darse aquel día mismo.

En el entretanto, por las calles de la ciudad se anuncia la llegada de la compañía y la función que ha de darse, utilizándose para esta propaganda los medios más ruidosos o más originales, es decir, los que de un modo o de otro han de llamar más poderosamente la atención de las gentes. Entre los varios sistemas de anuncio uno de los que mayor éxito obtienen es el de los hombres montados en zancos, que tienen todo el aspecto de gigantes y que recorren la población indicando el sitio en donde la representación ha de efectuarse y explicando el programa que se ejecutará.

Uno de los circos americanos más antiguos es el de Buffalo Bill, el famoso coronel Códý, a quien no hay nadie que no conozca, por lo menos de nombre. Forman parte de este circo numerosos indios que reproducen la vida de sus aldeas; *cowboys* que ejecutan los más arriesgados ejercicios ecuestres y demuestran su habilidad en el lanzamiento del lazo, y otros muchos *artistas* todos ellos notables en sus distintas especialidades. El mismo Buffalo Bill toma parte en el espectáculo realizando al frente de un numeroso grupo de indios montados vertiginosas carreras y difíciles evoluciones.

Terminada la representación se desmonta el circo. Recógense las tiendas y todo el material, se carga en los vagones y los artistas se retiran a los vagones dormitorios y el convoy se pone en marcha.

Y a la mañana siguiente, la comitiva amanece en otra ciudad en donde se reproduce el mismo espectáculo que dejamos descrito y algunos de cuyos principales episodios reproducen los grabados en la lámina de la página siguiente.—P.



Reflexión primera, cuadro de Antonio Parladé, conde de Aguiar

te; a la ignominia y nostalgia de sus vidas errabundas...

Es media noche.

Muy lejos canta un gallo...

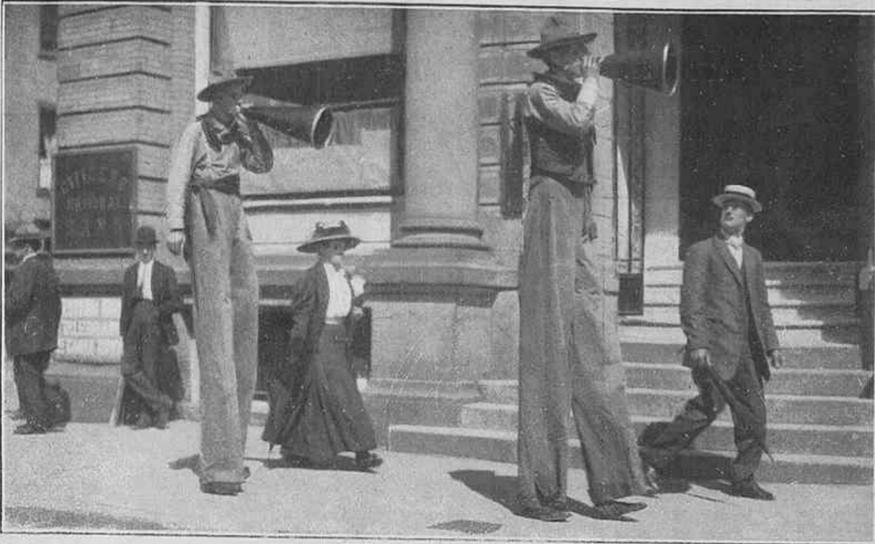
UN CIRCO AMERICANO AMBULANTE

(Véase la lámina de la página siguiente.)

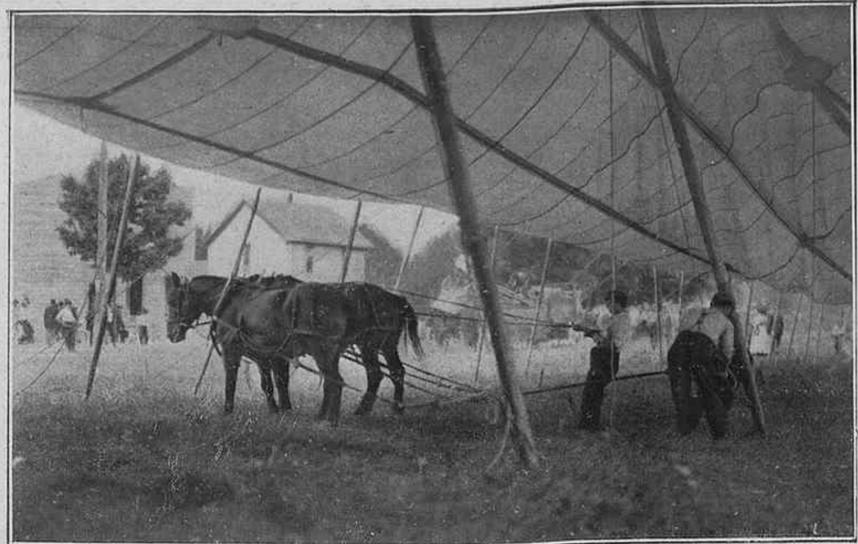
La organización, el modo de ser, la vida en una palabra, de un circo americano ambulante, no se parecen en nada absolutamente a la vida, al modo de ser, a la organización de un circo ambulante europeo.

Un día, cuando menos se espera, al rayar el alba aparece a las puertas de una ciudad un convoy compuesto a veces hasta de 100 vagones que, arrastrados por varias locomotoras, ofrecen aparentemente el aspecto de un inmenso tren de mercancías. Pero muy pronto, al fijarse uno en los cartelones que penden de los coches, al escuchar los ruidos que de éstos se escapan, al contemplar cómo en el convoy van enganchados no solamente vagones de carga, sino además vagones restaurantes y vagones dormitorios, se comprende que no se trata de un vulgar tren de viajeros o de mercancías, sino de uno de esos circos norteamericanos ambulantes que todos los años realizan sus *tournees* por las principales poblaciones de los Estados Unidos.

Apenas llegado el convoy, con la rapidez que es peculiar de los norteamericanos comienza la descarga de los hombres, de los animales y de los múltiples y variados objetos que constituyen un circo de esta clase. El espectáculo que entonces se presenta a los ojos de quienes lo contemplan es el de una



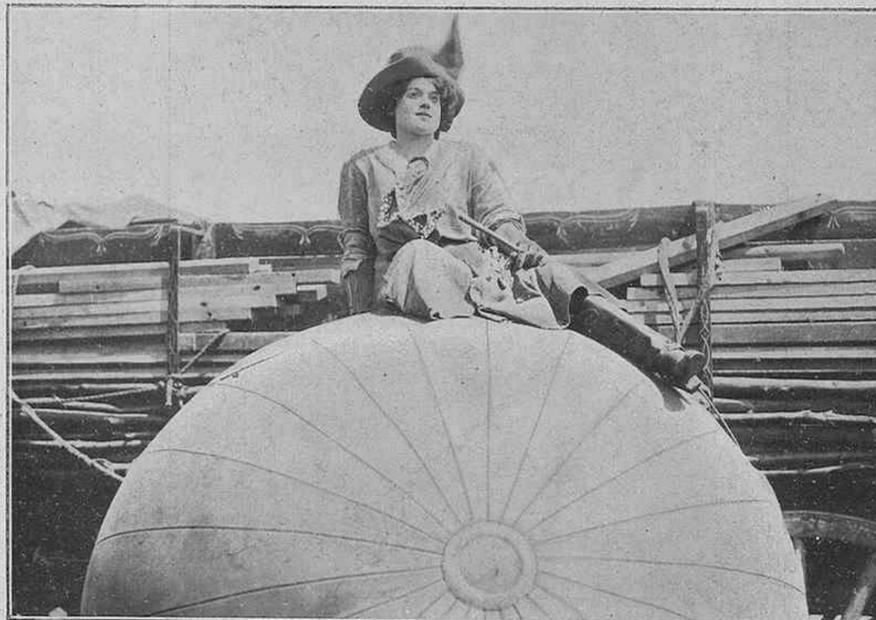
Hombres montados en zancos anunciando la función del circo



Instalación de las tiendas de campaña



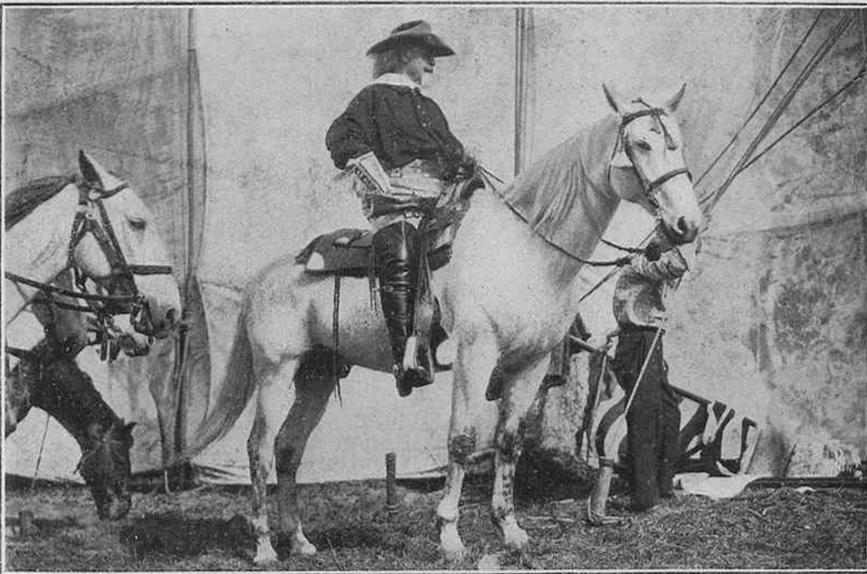
Ejercicio por una amazona



Amazona americana sobre una pelota gigantesca



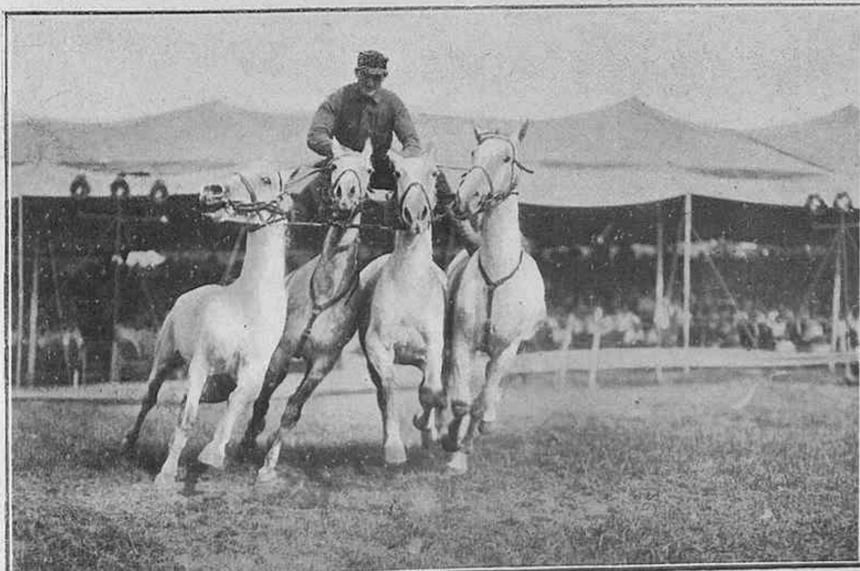
Un indio de la compañía



El coronel Códý, Búftalo-Bill, rey de las praderas, director del circo



Pareja de indios con sus pequeños caballos



Difícil ejercicio sobre cuatro caballos en pelo



Salto por encima de una pelota gigantesca

LA GUERRA EN LOS BALKANES.—LA CONFERENCIA DE LONDRES. (Fotografías de Trampus y L. N. A. Photo.)

Grecia, que, como es sabido, se abstuvo de firmar el armisticio, prosigue la lucha contra los turcos en los territorios comprendidos dentro de su esfera de acción. De sus operaciones en la región de Janina se han recibido noticias contradictorias, pues mientras las de procedencia turca hablan de derrotas de los griegos, las que proceden de éstos afirman que el ejército heleno ha ocupado nuevas e importantes posiciones cerca de Janina y presentan como inminente la rendición de esta plaza, que, en la actualidad hállase sitiada por 45 000 hombres.

El avance de los griegos hacia el interior de la isla de Chíos tropieza con grandes dificultades. Los turcos se han fortificado en el monte Aípos, en donde tienen un depósito de municiones, y se aperciben a oponer una resistencia des-

armisticio, prosiguen las hostilidades en Eskutari. La guarnición de esta plaza intentó una salida con ánimo de abrirse

nes, sometida a tan duras pruebas en el pasado, una paz duradera y sea para sus pueblos el punto de partida de una era de tranquilidad y de progreso. Terminó el Sr. Daneff proponiendo que Sir Grey fuese nombrado presidente de honor de la conferencia, proposición que fué unánime y entusiastamente aprobada.

En análogo sentido que el Sr. Daneff se expresaron sucesivamente los Sres. Venizelos, Novakowitch, Rechid Bajá y Mijuskovitch, en nombre de Grecia, Serbia y Turquía respectivamente.

Después de aprobarse el reglamento interior de la conferencia, se levantó la sesión.

Al día siguiente, cuando se procedió al examen de los poderes de los delegados, los plenipotenciarios turcos declara-



Rechid Bajá, primer plenipotenciario otomano



El general Ali Bajá, delegado técnico de Turquía



El Sr. Daneff, presidente de la Sobranié de Bulgaria y primer delegado búlgaro

esperada, pues el comandante en jefe, Zehui Bajá, ha declarado que está decidido, y con él sus tropas, a luchar hasta el último extremo.

En los Dardanelos, se ha trabado el día 17 un combata-

paso hacia San Juan de Medua, pero fué vigorosamente rechazada por las fuerzas sitiadoras.

Ha comenzado sus sesiones la conferencia de los delegados de los Estados beligerantes. Estas sesiones se celebran en la llamada galería de los cuadros del histórico palacio de Saint James, de Londres, que el gobierno inglés ha puesto a la disposición de los conferenciantes. Hasta ahora, sólo se han tratado cuestiones de forma, no habiendo comenzado aún, en el momento en que escribimos esta crónica, a discutirse ningún asunto de fondo.

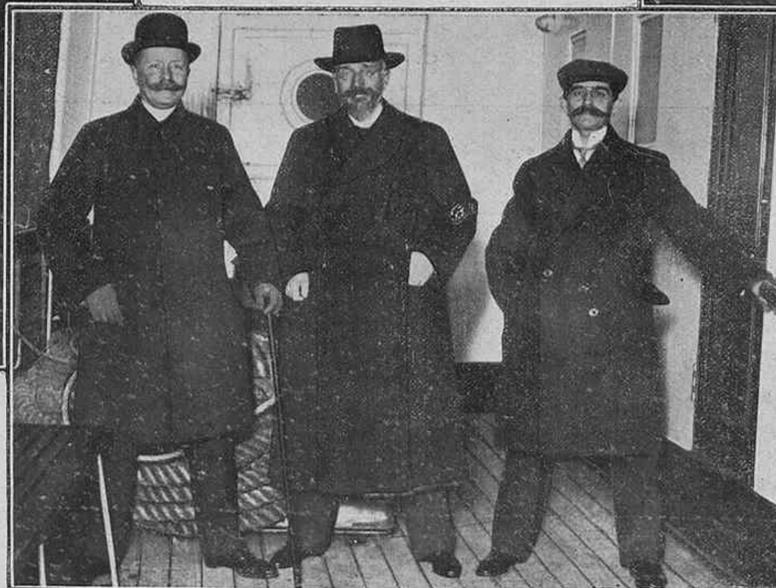
La primera sesión fué presidida por Sir Eduardo Grey, ministro de Negocios Extranjeros de Inglaterra, quien pronunció un hermoso discurso dando la bienvenida a los delegados y haciendo votos porque de los esfuerzos de todos salga un acuerdo de paz, que atraerá sobre ellos el respeto de Europa entera.

Contestó a Sir Grey, en nombre de todos los Estados balcánicos y en especial de Bulgaria, el Sr. Daneff, presidente de la Sobranié búlgara, agradeciendo la afectuosa hospitalidad que les ofrecía la nación inglesa y afirmando que los alia-

ron que sus poderes no les autorizaban para negociar con los griegos, por no haber éstos firmado el armisticio. Esta declaración causó cierta sorpresa a los delegados balcánicos,



Los delegados montenegrinos
De izquierda a derecha: Sres. Voynovitch, Mijuskovitch y Popovitch



Los delegados griegos
De izquierda a derecha: Sres. Streit, Venizelos y Politis



Los delegados serbios
De izquierda a derecha: Sres. Nikolitch, coronel Paulovitch y general Boyovitch

val entre buques turcos y griegos. La flota turca protegida por los fuertes atacó a la helena, pero al cabo de una hora de fuego hubo de retirarse. La escuadra griega siguió cruzando por aquellas aguas y cuando volvió a alta mar, tres contratorpederos turcos intentaron salir de los Dardanelos, pero perseguidos por tres contratorpederos griegos hubieron de emprender la retirada. Los buques griegos no tuvieron avería alguna; en cambio, parece que dos unidades turcas quedaron fuera de combate. También los montenegrinos, a pesar de haber firmado el

dos no perdonarán esfuerzo alguno para elaborar un instrumento de concordia que asegure a la península de los Balka-

quienes trataron en vano de convencer a los otomanos, habiéndose al fin acordado que éstos pedirían nuevas instrucciones a Constantinopla. Esto obligó a suspender por unos días la labor de la conferencia hasta que los otomanos recibieran las instrucciones pedidas, que les autorizarían a tratar bajo determinadas condiciones. Las impresiones reinantes sobre los resultados de la conferencia no son, en verdad, muy optimistas, siendo muchos los que temen que de las reuniones de Saint James no saldrá la paz tan deseada. — R.



La aduana mora

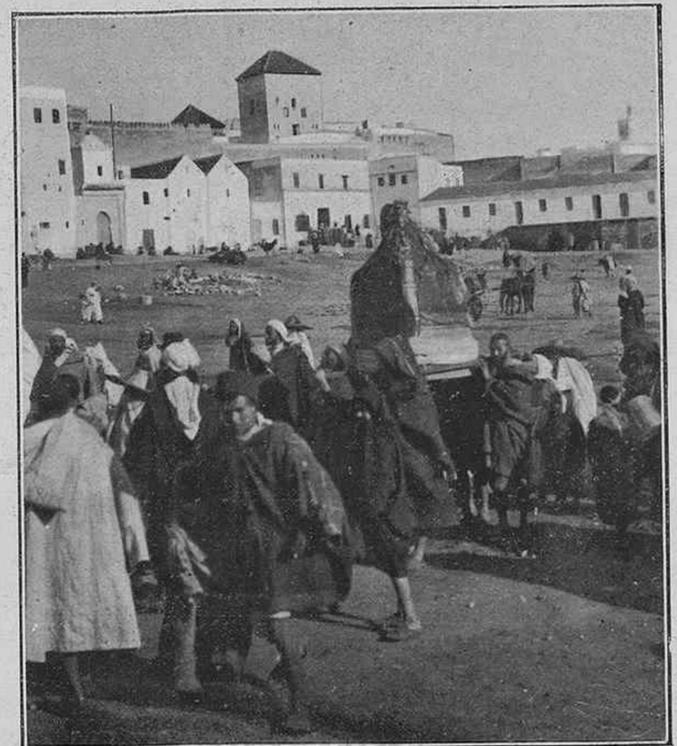


Interior de la puerta de Tánger

La aduana mora es uno de los edificios más importantes de Tetuán y sin embargo nada de particular ofrece; redúcese, como decíamos en el número anterior, a un gran caserón, sin lujo ni ornamentación delicada. Lo mismo puede decirse de la puerta de Tánger, una de las varias que dan ingreso a Tetuán, en la que nada recuerda las bellezas de la arquitectura árabe



Mora en traje de boda rodeada de sus esclavas



Conducción de la novia a casa del novio

El matrimonio celébrase en Marruecos con gran solemnidad y va acompañado de largas y complicadas ceremonias. Concertada la boda por los padres de los interesados y firmado el correspondiente contrato, efectúanse varias fiestas religiosas y cuando el novio cuenta con medios suficientes para establecerse, pagar la dote y costear los gastos de la boda, lo participa así a sus futuros suegros.

La antevíspera de la boda empieza en casa de la desposada un período de fiestas que se prolonga durante todo el día siguiente. Al otro, la novia descansa y al anochecer una delegación de los parientes del marido va a buscarla y en un palanquín cerrado la conduce a la mezquita y de allí a la casa del marido, en donde una parienta de éste le hace entrega de los símbolos del hogar doméstico. La fotografía que reproducimos y que representa la conducción de la novia a la casa del novio, se considera como la única que ha podido obtenerse de esta ceremonia típica, que generalmente se efectúa de noche.

El esposo pasa los seis días siguientes entre fiestas con sus amigos y sólo por la noche permanece al lado de su mujer; al séptimo, que pone término a las ceremonias nupciales, desata la cabellera de su esposa y ésta, después de conducida al baño, se pone el cinturón y el *hantuz*, distintivos de las casadas, comenzando entonces la verdadera vida matrimonial.

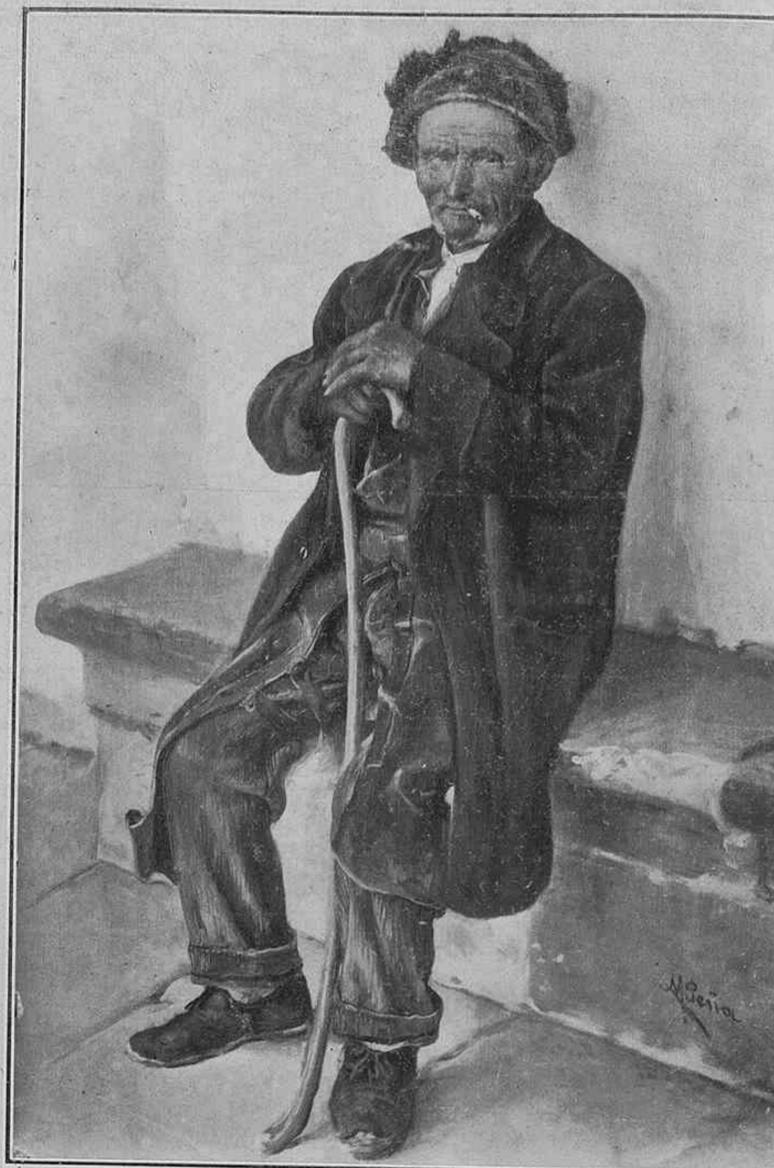


Mezquita de Sidi-Ab de-la-el-Jach



Majetar, fábrica de azulejos

La mezquita de Sidi Ab de-la-el-Jach, con ser la principal de Tetuán, no ofrece ninguna de las maravillas que caracterizan estos templos en otras ciudades mahometanas. La fabricación de azulejos tiene gran importancia en Tetuán y una de sus particularidades son los baldosines de pequeñas dimensiones, algunos de los cuales no tienen más de cuatro centímetros cuadrados, de modo que en un metro cuadrado entran 2.500 piezas



ALDEANITA DE LEÓN.—VIEJO FILÓSOFO DE ALDEA.—CARMEN.—ESTUDIO
cuadros de Maximino Peña



MIRANDO AL MAR, cuadro de Roberto Domingo. (Salón Parés)



SOLEDAD, cuadro de Eliseo Meifrén. (Salón Parés.)

EL PRÍNCIPE LEOPOLDO DE BAVIERA

Este príncipe, hijo tercero del rey Luis I de Baviera, nació en Wurtzburgo el 12 de marzo de 1821, y por la muerte trágica de su sobrino Luis II y la incapacidad del hermano y



El príncipe Leopoldo, regente de Baviera, fallecido en Munich el día 12 de los corrientes. (De fotografía de Carlos Trampus.)

sucesor de éste, Otón, fué nombrado regente del reino en 10 de junio de 1886.

Su gobierno ha sido una larga y nunca interrumpida era de prosperidad para la nación bávara. Consagrado por entero al cuidado de su pueblo, su talento, su energía, su laboriosidad infatigable le conquistaron el cariño y el respeto de sus súbditos.

Tomó parte en la guerra de 1866 contra Prusia y a favor de Austria, pero después de Sadowa abrazó la causa germano-prusiana, a la que ha permanecido fiel hasta su muerte y a la que ha prestado grandes servicios. Al lado de Prusia luchó en la guerra franco-prusiana y él fué quien en Versalles aclamó emperador a Guillermo.



Barcelona. — Retrato de D. Juan Mañé y Flaquer, obra de Manuel Cusí, que ha sido recientemente colocado en la Galería de Catalanes ilustres de las Casas Consistoriales.

En 15 de abril de 1844 casó en Florencia con la archiduquesa Cristina, princesa gran duca de Toscana, habiendo nacido de este matrimonio cuatro hijos: el príncipe Luis Leopoldo, que ha sucedido a su padre en la regencia; el príncipe Leopoldo Maximiliano; el príncipe Francisco José, difunto, y la princesa Teresa Carlota.

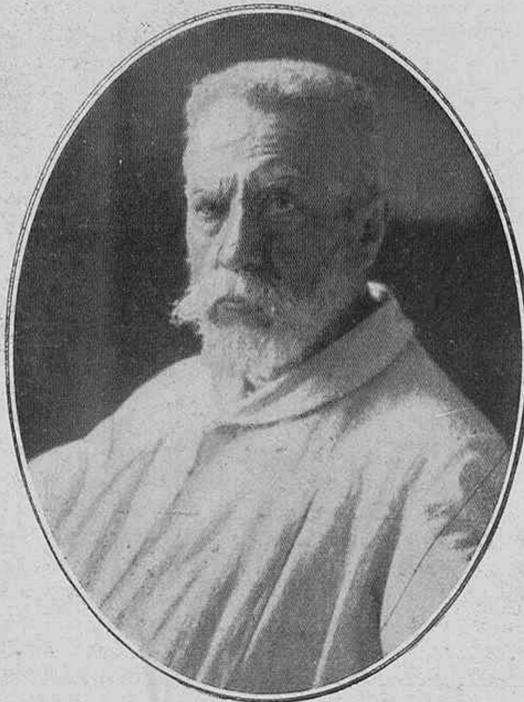
Si guiendo la tradición de su familia, protegió con entusiasmo las letras y las artes.

OTÓN LESSING

Este famoso escultor había nacido en Dusseldorf el 24 de febrero de 1846. Su padre, notable paisajista, quiso dedicarle a la pintura, que estudió con gran provecho en su ciudad natal y en Karlsruhe; pero él sintió más inclinación por la plástica y sin abandonar del todo los pinceles, entró en el taller del célebre escultor berlinés Alberto Wolff.

Sus primeros trabajos escultóricos tuvieron un carácter decorativo y muchos de ellos, por su finura y elegancia exquisitas, pueden ser comparados con los trabajos de este género de Sansovino, Bernini y Cellini. Después se dedicó a la escultura propiamente dicha, habiendo producido obras tan hermosas como *El gladiador herido*, *Palas Atenea*, *Atlante*, *El descendimiento de la Cruz*, el monumento al emperador Guillermo, de Hildesheim; el de Shakespeare, de Weimar, y el de Lessing, de Berlín.

Pertenecía a la Academia de Bellas Artes berlinesa desde 1884 y era senador desde 1905.



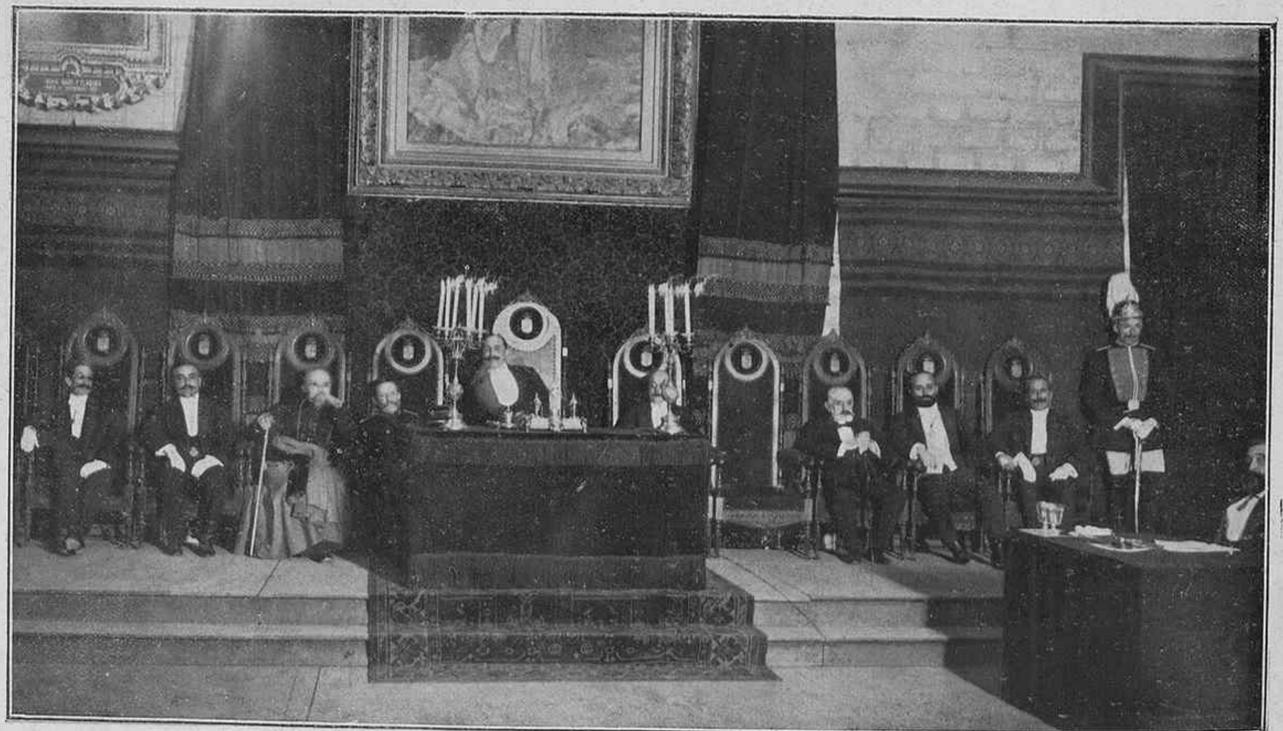
Otón Lessing, célebre escultor alemán fallecido en la colonia Grünewald (Berlín) el 22 de noviembre último. (De fotografía)

BARCELONA. — HOMENAJE A MAÑÉ Y FLAQUER

Al constituirse hace cuatro años la Asociación de la Prensa diaria de Barcelona, el primer acuerdo que tomó fué pedir al Ayuntamiento que se honrase el nombre de D. Juan Mañé y Flaquer, colocando su retrato en la Galería de Catalanes ilustres. La Corporación municipal acogió la petición con entusiasmo y acordó celebrar una solemne velada en homenaje a la memoria del que fué maestro y gloria del periodismo español, modelo de buenos ciudadanos y ejemplo de verdaderos patriotas.

La ceremonia se efectuó en la noche del 14 del actual en el Salón de Ciento de nuestras Casas Consistoriales, que se hallaba lleno de numerosa y distinguida concurrencia.

A los sonos de una marcha ejecutada por la banda municipal entró en el salón, precedida de los maceros, la comitiva oficial, formada por las autoridades, comisiones y representaciones.



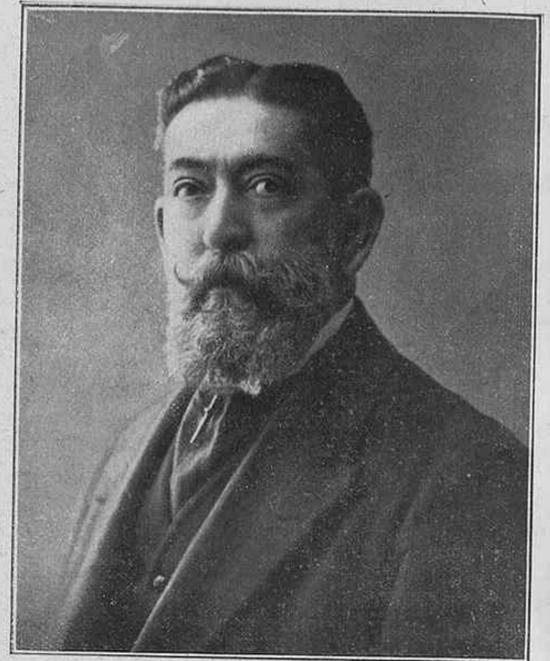
Solemne sesión celebrada el día 14 de los corrientes en el Salón de Ciento de las Casas Consistoriales con motivo de la colocación del retrato de D. Juan Mañé y Flaquer en la Galería de Catalanes ilustres. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

Abierto el acto por el gobernador civil, el secretario accidental del Ayuntamiento Sr. Janer leyó los acuerdos refe-

rentes a la celebración del homenaje y seguidamente, puestos en pie los concurrentes, a los acordes de la música y en medio de prolongados aplausos, el Sr. Sostres descorrió la cortina que cubría el retrato del ilustre patricio catalán.

El retrato, obra de Manuel Cusí, es de un exacto parecido y está pintado con extraordinario acierto.

A continuación, el Sr. Corominas leyó unos fragmentos de la hermosa biografía de Mañé, obra póstuma del eximio Maragall; D. Miguel S. Oliver dió lectura a un notabilísimo estudio de Mañé como periodista; el Sr. Mainar pronunció un



Vital Aza, celebrado autor dramático, fallecido en Madrid el día 13 del actual. (Fotografía de Asenjo y Salazar.)

elocuente discurso sobre lo que es el periodismo de hoy y lo que era en tiempo de Mañé; y el Sr. Soler y Casajuana, actual director del *Diario de Barcelona*, leyó un interesantísimo trabajo acerca del criterio que sustentó Mañé sobre los hombres y la sociedad de su tiempo.

El Sr. Sostres con sentidas y elocuentes frases puso término a la ceremonia, que resultó bajo todos conceptos digna del inolvidable patricio a cuya memoria estaba dedicada.

VITAL AZA

Este ilustre cuanto popular comediógrafo y escritor festivo recientemente fallecido en Madrid, había nacido en Pola de Lena (Oviedo) en 1853. Cursó con gran aprovechamiento la carrera de Medicina en la corte; pero desde muy joven sus aficiones y sus excepcionales aptitudes literarias llevaronle a colaborar en los más importantes periódicos satíricos madrileños. Dióse a conocer como autor dramático con el sainete *Aprobados y suspensos*, que obtuvo grandísimo éxito e inició una larga y no interrumpida serie de triunfos escénicos. Entre sus más celebradas obras, escritas en colaboración con Ramos Carrión y otras con Miguel Echegaray, citaremos las siguientes: *El sombrero de copa*, *El rey que rabió*, *Su Excelencia*, *La reboica*, *El padrón municipal*, *Robo en despoblado*, *La carta verde*, *San Sebastián Mártir*, *El oso muerto*, *El añador* y *Francfort*.

Fuó un escritor culto que jamás hizo la menor concesión a los gustos de cierto público, y los chistes que en todas sus co-

medias supo prodigar a manos llenas son siempre finos a más de espontáneos y oportunos. ¡Descanse en paz!

MATRIMONIO SECRETO (I)

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONCLUSIÓN.)



... que tenía ya la mano de Claudio entre las suyas, tomó la de su madre y juntando aquellas dos manos que se estremecían...

Y la estrechó largo rato en sus brazos paternos, en sus brazos temblorosos, mientras tendía su mano a aquel guapo mancebo de tez bronceada, de aire varonil y de rostro conmovido.

—Amaos mucho, hijos míos, vuestra felicidad habrá sido mi única alegría después de tantos años.

Pero de pronto, como si de aquel grande y terrible choque hubiese brotado en su corazón una chispa que despertara en él al hombre que fué, irguió su cuerpo encorvado y con su cortesía ceremoniosa y altiva de otros tiempos, dijo dirigiéndose a Miguel:

—En cuanto a ti, Arribio, a ti que has sido muy temerario y más generoso que prudente y a quien yo podría, puesto que te has burlado de mí, guardar cierto rencor si la nobleza de tu desinterés no me inspirase tanta estimación hacia ti..., siéntome dichoso, hijo mío queridísimo, perdonándote y dándote al mismo tiempo las gracias...

—Todavía no, respondió Miguel gravemente.

—¿Qué quieres decir?

—Espera para darme las gracias a que haya cumplido toda la misión que me he impuesto y que no ha terminado todavía.

—¡Miguel!

En aquel solo grito del anciano había todas las

resistencias, todas las inflexibilidades del juez que había condenado sin apelación y que no permitía que se discutiese su sentencia.

Pero Arribio que comprendió el sentido de aquella exclamación, prosiguió:

—Ante todo me interesaba decirte que he venido de Francia solo con el señor y la señora de Lorge-rac...

—¿Y luego... qué?

—Que traemos un documento perdido durante muchos años, un documento robado y cuya desaparición ha sido causa de muchas desgracias para ti y para los tuyos...

—¿Qué documento es ése?

—El acta de matrimonio de mi prima Manuela con el padre de esa niña..., con el teniente Rolando de Aspremont.

—¿Pero ¿dónde se celebró ese matrimonio?.. ¿De dónde procede este documento?.. ¿Quién me probará?..

—Aquí menos que en ninguna parte puede discutirse la autenticidad de esta prueba.

—¿Por qué?

—Porque te lo presento tal como fué arrancado del registro de nuestra iglesia de Río Frío... Míralo con todos los desgarrones que se adaptan perfectamente a los de la matriz, como fácilmente podrás comprobar puesto que el registro está en poder del padre Olivares... Aquí lo tienes firmado por el celebrante, el heroico Padilla, muerto desgraciadamente demasiado pronto para atestiguar la verdad, y

firmado también por todos los que asistieron al matrimonio de Manuela, y que, como Padilla, llevaron su testimonio a la tumba..., excepto uno, el más humilde, aquel a quien nunca habrías dado crédito..., ése que junto a la puerta llora de alegría y tiembla de miedo..., el viejo Juan Gutiérrez... Y ahora, Pablo, voy a tener que contarte una historia larga, dolorosa, pero al mismo tiempo confortante...

El viejo Casteras, sin embargo, no quiso escuchar más y llevándose aparte a su nieta, le preguntó quedo, muy quedo:

—¿Y tu madre? Dime..., dime pronto...

Rolanda adivinó en seguida toda la incertidumbre, toda la angustia, todo el dolor encerrados en aquellas palabras entrecortadas que significaban: ¿dónde está?.. ¿qué hace?.. ¿cómo ha vivido?.. ¿cómo ha soportado?..

—A mamá la hemos dejado en Francia.

—Entonces..., ¿es que no le falta nada?

—¡Oh, abuelo! ¿Y puede usted preguntarlo?.. No estaríamos aquí. Lo único que le falta, pero que tendrá mañana, por el cable, es la alegría infinita que yo tengo ya hoy.

—Pero tú no sabes, hija mía, dijo el viejo como apercibiéndose ya a luchar con una adversaria cuya temible fortaleza preveía, tú no sabes que me desobedeció... Pues bien, a ella, cuya falta imperdonable fué la desobediencia, a ella no quiero...

No pudo terminar la frase porque aquella audaz Rolanda había detenido las últimas, las abomina-

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

bles palabras saltándole al cuello y aprovechando su sorpresa para decirle, señalándole a Enrique:

—También a ése habrá que quererle porque me salvó la vida... y sin él...

—¡Ah, niña mía de mi alma!

Y el anciano ya no pensó más en pronunciar las palabras que su nieta había detenido en sus labios... Escuchaba ahora con demasiada atención, demasiado emocionado para acordarse de todo lo demás.

A los rayos de aquel sol de juventud que de pronto había llevado de nuevo el calor a la vieja casa sombría, también Casteras parecía más animado y más joven. Hacía apenas unos días que «los niños» estaban en San José y en torno suyo era un revivir de primavera y de juventud. Sí, reinaba ahora la alegría en aquella sala en donde ya no estaba solo el viejo durante la noche; aquella sala en donde la sonrisa en flor de Rolanda provocaba la arrugada sonrisa de su abuelo y en donde aquel joven, a quien D. Pablo comenzaba a querer, escuchaba tan atentamente, con tanta complacencia sus relatos...

Parecía como si el anciano quisiera recobrar el tiempo perdido, resarcirse de tanta soledad silenciosa, completar su parte de charlas, de confidencias, de consejos, y como si, además, quisiera sondear aquellas inteligencias, aquellos corazones...

Pero ya nacía en él una preocupación que le impedía saborear del todo las delicias de aquellos días de felicidad, una preocupación que no tardó en embargarle del todo.

«¡Pronto se irán!, pensaba. ¿Cuándo volverán?.. ¿Volverán acaso alguna vez?»

Y entonces redoblaba sus esfuerzos, su cariño, su diplomacia, para retener a aquellos «niños» para atraérselos un poco más.

A veces se le ocurrió una idea:

«Sin embargo... ¡si quisieran quedarse!»

Enrique le había explicado con toda franqueza su situación, sus proyectos, su voluntad de energía y de trabajo. Y un día en que el muchacho se había ido con Miguel Arribio y él se había quedado solo con Rolanda, díjole a ésta:

—¡Trabajo!.. Aquí en San José lo hay para quien lo quiera... ¡Actividad!.. ¿En dónde mejor que aquí puede emplearse?..

—¿Dice usted esto por Enrique, abuelito?

—Ciertamente, por él lo digo, vida mía.

—Ya sabe usted que de este trabajo no ha hecho aprendizaje y que dedicado a él no daría todo lo que es capaz de dar de sí.

—¿Quién sabe!.. Se prueba...

—Es que ya ha probado otra cosa.

—Sí, lo que le indicó y facilitó el Dr. Lecoute-llier...

—En las minas de Tebessa...

—Es verdad... ¿Enrique no es ingeniero o algo así?

—Ingeniero es mucho decir; pero siempre se ha interesado por las cosas de la ciencia... No sabe usted, abuelito, cuán al corriente está de las cuestiones de mineralogía, de química, de todo lo que, gracias a Dios, le ha procurado un verdadero caudal de conocimientos técnicos.

—Sí, ya lo sé, respondió Casteras sonriendo... Y precisamente aquí ese caudal sería precioso.

—¿En dónde?

—En la mina que explotamos muy superficialmente y sin método, sin más dirección que el instinto del que dirige a mis trabajadores del campo y que no es sino un obrero, algo más listo pero tan ignorante como sus compañeros. Y, sin embargo, hay en esa mina, estoy seguro de ello, una riqueza incalculable que es mía... que es vuestra y que con poco esfuerzo podríamos obtener... Yo soy ahora demasiado viejo para acometer esta empresa y en otro tiempo, cuando habría podido intentarla, no pensaba siquiera en aumentar una fortuna que no sabía a quién iría a parar después de mi muerte... Además, no tengo los conocimientos especiales que para ello se requieren y habría tenido que recurrir a otro que habría compartido conmigo no sólo los beneficios, sino también la autoridad; y yo no quería en mi casa más amo que yo.

Y mirando de soslayo, con mirada que se había ido haciendo aguda, ansiosa, añadió con voz que procuraba fuese tranquila, casi indiferente:

—En cambio, con Enrique...

—¡Oh, no le hable usted de ello!

—¿Por qué?

Y la pequeña diplomática que había sentido surgir una idea en su despierta inteligencia, respondió:

—Porque tales como ahora van las cosas, no podría aceptar... Mientras que si entre usted y yo pudiéramos hacer que cambiaran...

—¿Qué obstáculo podría haber?

—¡Ah, si no hubiese más que uno!

—En fin, sepamos el primero.

—Su padre y su hermana; su padre que va a quedarse solo, quizás muy pobre..., acaso sin recurso alguno; y su hermana a quien él no abandonaría.

—Su hermana podría venirse aquí con vosotros.

—No, porque tampoco querría abandonar a su padre en estos momentos en que le espera una vida tan penosa, tan nueva, tan cruel para un hombre que ha poseído una gran fortuna y que mañana no sabrá dónde cobijar en adelante su triste vejez.

—Pero, ¿y su hacienda?

—La venderán, lo mismo que el palacio.

—¿Y vale mucho dinero esa hacienda?

—¡Ah!, exclamó Rolanda suspirando.

—En fin..., ¿cuánto?

—En otro tiempo había sido estimada en una cantidad enorme: dos millones... Bien sé que en realidad no vale la mitad de esto, ya que el barón de Lorgerac no ha ocultado a Enrique que la cedería hasta por ochocientos mil francos al contado.

—Ochocientos mil francos...

—Al contado.

Y con una furtiva mirada, añadió lanzando un suspiro:

—Pero que valga ochocientos mil francos o dos millones, lo mismo da... porque está perdido...

—Ochocientos mil francos...

Y el viejo Casteras sumióse en una profunda meditación de la que no salió sino para preguntar a Rolanda, que había respetado su silencio:

—Y si no tuviese la preocupación de su padre, ¿qué otro obstáculo impediría a tu marido?..

—Abuelito, ya sabe usted que yo también tengo allí un afecto sagrado que me liga...

—¿Tu madre?, preguntó el anciano, que por vez primera llevaba por propia iniciativa la conversación hacia ese tema candente.

—Sí, abuelito; y también sabe usted que yo sería una mala hija... indigna del cariño de usted si aceptase ser feliz en un paraíso como éste, sabiendo que este paraíso está cerrado para ella... ¡Ah!, perdóneme usted, abuelito, cerrado para aquélla a quien amo, a quien debo amar más que a todo lo del mundo...

Casteras suspiró profundamente y quedó sumido de nuevo en una meditación más silenciosa, más larga aún que la anterior.

—Sin embargo, murmuró al fin, tampoco ella querría..., ni podría..., la vida en común ya no es posible...

A lo que Rolanda, ¡oh esas diplomáticas de diez y siete años!, replicó en seguida:

—¡Vivir aquí... con nosotros... siempre!.. ¡Ah, abuelito! No es esto lo que yo pediría para ella porque sé que esto no puede suceder... Pero volver aquí, sólo para pedir a usted perdón...

Y Rolanda tuvo con su abuelo una conferencia larga, muy larga, terminada la cual sus ojos brillaban de alegría y en el rostro del anciano se reflejaba una honda emoción. Pero seguramente los dos se habían puesto de acuerdo sobre cosas misteriosas porque la niña preguntó al viejo:

—Conque, abuelito, ni una palabra de nuestros hermosos proyectos...

—Ni una palabra, vida mía.

—¡Sobre todo a Enrique!

—Seré mudo.

—Como un conspirador.

—¿Y durante este tiempo vais a dejarme solo?

—Es preciso, pero tenga usted confianza. Usted nos dejará partir...

—¡Oh, todavía no!

—Cuanto antes partamos, antes volveremos.

—Pero a lo menos, me prometes...

—Juro a usted que es mi deseo más ardiente.

—¡Ah!, exclamó D. Pablo suspirando y sonriendo a la vez. Lo que la mujer quiere...

—Sí, sí, exclamó Rolanda, abrazándole locamente. También lo quiere Dios, el Dios de misericordia, de perdón y de amor.

—Y tú..., al menos..., interrogó el anciano con acento temeroso y reteniéndola sobre su corazón.

—Yo, abuelito... ¡Páreceme que voy a amarle a usted demasiado!..

XIX.—EL SECRETO DE ROLANDA

El hermoso, el temido, el feliz viaje de boda había terminado. Hacía unos días que Enrique y Rolanda habían regresado a París, instalándose en el palacio de Aspremont, en el cual estaban, sin embargo, como viajeros de paso que pronto habrían de buscar albergue en otra parte. En efecto, acercábase el momento en que sería preciso abandonar aquella vieja mansión por la que el barón de Lorgerac

había logrado afortunadamente un precio muy alto, casi inesperado.

Y aquella noche; cuando todos estaban reunidos en el gran comedor y el viejo José, que servía la mesa les hubo dejado solos, el barón con una sonrisa triste, con una sonrisa que hacía daño, les dijo:

—Hijos míos, tengo que daros una noticia a la vez buena y mala...

—¿Que está vendido el palacio?, exclamó Genoveva que había adivinado.

—Sí.

—¿Y cómo?, preguntó Enrique.

—Mucho mejor de lo que yo esperaba.

—En este caso, replicó Rolanda, la noticia es sólo buena... ¿Hablemos, pues, de otra cosa, papá?

—Esta casa, dijo Enrique, no guarda más que recuerdos tristes y la abandonaremos sin pesar. ¿No es verdad, hermana mía?

—Sin pesar, repitió Genoveva como un eco.

Pero el barón no había terminado aún.

—La venta del palacio, dijo, es cosa hecha; pero también tengo una proposición relativa a la hacienda de Aspremont y sobre esto debo consultaros.

—¿Qué proposición?

—Ya sabéis lo que me ofrecía la sociedad a quien me había dirigido...

—Un precio muy bajo...

—Quinientos mil francos...

—Pagados al contado.

—¡Ah! ¡Bien han querido fascinarme con ese pago al contado!..

—Afirmar, ¿no es verdad? que una venta por parcelas se eterniza, que presenta grandes dificultades y toda clase de molestias, que es imposible sobre todo realizar en breve plazo todos estos precios de ventas fraccionadas... De suerte que lo que se ganaría por un lado se perdería por otro...

—Y tienen razón...

—¿Y bien, qué?, preguntó Rolanda con singular interés.

—Que hoy he recibido una nueva proposición.

—¿De la sociedad?, preguntó ingenuamente Enrique.

—No, de un notario que obra por cuenta de uno de sus clientes a quien no quiere nombrar.

—¿Y esta proposición?..

—Ochocientos mil...

—¿Al contado?

—Sí.

—Entonces, trescientos mil más que la compañía.

—En este caso, dijo Enrique con un involuntario suspiro de satisfacción, esta cantidad unida a la que han dado por el palacio...

—Permite hacer frente holgadamente a todo y aún me dejará lo bastante para no ser una carga para vosotros, hijos míos.

—Poco será, sin embargo, pobre papá...

—En fin no será la miseria absoluta.

—¿Qué dices a esto Genoveva?

—¿Yo?.. La certeza de salir de la batalla con el honor intacto... Yo firmaré en seguida.

—¿Y tú, Rolanda?

—Yo ya habría firmado.

—Ya lo ve usted, papá.

—Pues entonces firmaré, dijo el barón lanzando un profundo suspiro.

Aquello era el desastre..., la condenación inapelable a lo que hay de más triste en la vejez..., a una miseria decente que ni siquiera inspira compasión... Sus hijos tenían para consolarse de la ruina su juventud..., su amor..., la esperanza de una vida que apenas empieza... ¡El, en cambio!.. Pues bien, iría a enterrarse en algún rincón perdido... Había previsto aquella solución y se había preparado para ella... Y una vez allí, pronto sería olvidado como todos los vencidos en la lucha por la existencia... Harto se había él mismo olvidado de los demás para lamentarse de la indiferencia que haría su retiro más solitario, más triste, más olvidado aún... hasta de los suyos.

Aquella noche, Rolanda, Genoveva y Enrique celebraron una misteriosa conversación, un verdadero conciliábulo, en la habitación que los esposos ocupaban en el segundo piso de aquel palacio que iban a abandonar..., a abandonar con una alegría, una tranquilidad y un sentimiento de satisfacción y de bienestar que habían sorprendido grandemente al barón.

Y cuando hubieron hablado largamente,

—Esto no puede terminar más que en casa de Claudio, dijo Rolanda.

—Pues bien, avísale, pídele hora... y luego irás a buscar a tu madre; yo llevaré a mi padre y a Genoveva.

—Perfectamente.

—Y una vez más, Rolanda mía, habrás sido el hada bienhechora.

—¡Silencio! Esto me lo dirás cuando hayamos ganado la batalla..., si la ganamos...

—¡Ah! Con un general como tú, ¿no está ya ganada acaso?

Al día siguiente hallábanse todos reunidos en el pabellón de la calle de la Torre... todos aquellos que ya no tenían en su alma odio ni resentimiento..., todos aquellos también a quienes la vida cruel parecía obstinarse en alejar los unos de los otros.

Cuando Rolanda fué a dar cuenta de su proyecto a Claudio, éste, lleno de asombro, le había preguntado:

—¿A qué viene esta reunión?

—Hemos de hablar de cosas importantes.

—¿Y por qué en mi casa?

—Porque esas cosas han de decirse delante de ti.

—¿Y qué cosas son éstas?

—Amigo mío, eres demasiado curioso.

—Es que me gustaría saber...

—Bastantes veces me has impacientado y exasperado con tus secretos y tus misterios... Hora es ya, mal amigo, de que yo te devuelva algo de los insomnios y de las angustias que me has causado.

—¿Tan mal amigo soy?..

—Sí, malo, muy malo... Y ahora quiero yo serlo tanto como tú..., más que tú... Ya verás...

Y se había marchado corriendo pero no sin decir antes:

—Esta tarde, a las cinco ya lo sabes... Mira, Claudio, habrías de poner aquí algunas flores...

—¡Vaya una idea de niña local!..

—Sea como sea, así lo pienso.

—¿Y por qué he de poner flores?

—Porque me gustan, ¡jea!, y porque soy una muchacha bastante talluda y bastante linda para que al fin seas galante conmigo... Adiós Claudio.

Lecoutellier había quedado melancólico y pensativo. Sí, era loca aquella niña adorada, ya que la época de las flores que se huelen y se deshojan había pasado para él..., pasado para no volver jamás..

Y, sin embargo, ¡qué rara inconsecuencia!.. Llamó a Rosalía, que había vuelto a su casa cuando sus servicios no fueron necesarios en la de Manuela.

—¡Rosalía!

—Señorito.

—¿No te parece que este comedor está vacío y triste?

—¡Oh, sí!, respondió suspirando la buena mujer, que pensaba en llenarlo pero con algo bien diferente de flores.

—Y, sin embargo, esta tarde espero gente...

—¿Qué gente?, preguntó Rosalía sin andarse con ceremonias.

—Personas que no serán para ti desconocidas: al señor y la señora de Lorgerac.

—¿La señorita Rolanda?

—Ya no debes llamarla así.

—¡Oh! Para mí será siempre la niña del vestidito rosa... ¿Recuerda usted cuán bonita estaba cuando yo se lo ponía para ir al Luxemburgo?

—Sí, me acuerdo.

—¡Pues cómo quiere usted que no la llame Rolanda! Que lo tome como quiera y usted también.

—Bueno, pues me conformo, vieja testaruda.

—¿Y a la señorita Rolanda y al señorito Enrique los llama usted «gente»?

—También vendrá la señora de Aspremont.

—¡Doña Manuela!.. Tampoco es «gente», es, como si dijéramos, de la familia, ¿no le parece a usted?

—¡De la familia!..

Claudio se encogió ligeramente de hombros y sin contestar a la pregunta solapada de la vieja doméstica, añadió:

—Vendrán asimismo el Sr. de Lorgerac y su hija Genoveva.

—¿La señorita Genoveva? Otra muchacha linda y buena..., pero tampoco es «gente». De modo que no habrá más gente que el señor barón... ¡Ah! Con éste sí que hay que estar siempre de ceremonia... Hay personas... En fin, no puede uno gustar a todo el mundo...

—Lo cual quiere decir que el barón no es de tu agrado.

—Es que...

—Sí, te comprendo... Pues bueno, te decía que es pero gente.

—¿Y qué?

—Que no quiero recibir a las personas a quienes espero en este Sáhara desolado; de modo que ahora mismo irás a comprar flores para adornar los jarros de la chimenea.

—¡Flores!, exclamó Rosalía estupefacta.

—Sí, escoge grandes ramas de rosas; las hay magníficas en este tiempo, y trae muchas.

—Bien, muy bien.

Iba ya a salir para cumplir el encargo, pero volviendo sobre sus pasos, preguntó:

—¿Esta idea de las flores se le ha ocurrido a usted?

—No, a Rolanda.

—¡Ya decía yo!..

Y aparte se dijo:

—De todos modos es extraño, muy extraño...

Pero guardó para sí la extrañeza y se fué murmurando:

—Pierda usted cuidado, señorito... No faltarán ramos...

De suerte que cuando, a la hora convenida llegaron todos, el comedor estaba tibio y perfumado como en los hermosos días de otros tiempos..., como en los días de felicidad íntima, de dicha infinita en que era Manuela la encargada de adornarlo con flores.

Y para la aparecida, porque desde la muerte de la señora de Lecoutellier era aquella la primera vez que Manuela volvía a pisar el umbral de aquella casa apacible en donde tanto había dejado de su recuerdo, de su gratitud, de su añoranza..., de todo, para el corazón de la aparecida, decimos, fué una caricia exquisita el regreso a aquel comedor lleno de flores como en otra época.

Como en otra época, estaba encendida la lámpara suspendida encima de la mesa; la vieja butaca de la querida y maternal amiga estaba en su sitio de costumbre, cerca de la chimenea; y el costurero en el que ella tantas veces se había instalado, volvía a verlo allí, junto a la ventana, al lado de la silla alta en donde solía sentarse a trabajar.

Hubiérase dicho que también iba a presentarse la señora de Lecoutellier con su calceta en la mano.

Sí, aquel día, todo estaba allí como en otro tiempo, hasta la sonrisa de Claudio...

Mas he aquí que la maquiavélica Rolanda, después de haber dejado que el encanto del recuerdo hiciera su obra durante algunos instantes, rompió deliberadamente el silencio.

—Ya ves, Claudio, que está mucho mejor así... Eres muy amable..., pero ya verás que no soy ingrata.

—¿Cuándo lo veré?, preguntó el doctor más emocionado de lo que quería aparentar.

—Cuando nos habremos ocupado en lo que motiva esta reunión... En este momento celebramos una especie de consejo de familia, añadió Rolanda, que positivamente tomaba el aire de presidenta de una asamblea deliberante... Siéntese usted, papá, dijo amablemente a Francisco de Lorgerac... Siéntate tú también, mamá... y tú, Claudio, y vosotros dos Enrique y Genoveva.

Y cuando los hubo colocado en torno de la mesa que alumbraba suavemente la vieja lámpara, la vieja amiga de las vigiliadas laboriosas de Claudio..., de las vigiliadas laboriosas que Manuela trabajaba con él les dijo:

—Ahora escuchadme.

A pesar de sus modales alegremente autoritarios y de su aparente buen humor, en aquel momento sintióse un poco turbada, vaciló... como una niña temeraria que siente latir con violencia su corazón en el instante de tomar un camino peligroso. Pero, sobreponiéndose a aquella emoción que había hecho palidecer sus rojas mejillas,

—Ante todo, querido papá, dijo, tengo que dar a usted una buena, muy buena noticia.

—Tanto mejor, hija mía, respondió con cierto escepticismo el barón que, desgraciadamente no creía ya en las buenas noticias y que por cortesía, por pura cortesía, se creyó en el deber de añadir: ¿de qué se trata, mi querida Rolanda?

—Enrique me ha asegurado que de todo lo que hemos perdido, lo que más siente usted es la hacienda de Aspremont, que habría sido para usted una gran dicha conservar...

—Es cierto... Mas no veo... ¿Por qué me recuerdas esto, Rolanda?

—Porque voy a ser feliz evitando a usted una pena, querido papá.

—¿Qué quieres decir?, exclamó Claudio azorado.

—Que la hacienda es de usted, papá, sí, de usted, como en otro tiempo.

Claudio, el barón y Manuela lanzaron al mismo tiempo un grito de asombro y de incredulidad, mientras Enrique y Genoveva se miraban como conspiradores iniciados en el secreto.

—El que la ha comprado, siguió diciendo Rolanda, y cuyo nombre ignoran ustedes todavía, es mi abuelo Pablo Casteras; y lo ha comprado para darnoslo como regalo de boda a Enrique y a mí... Ya

ve usted, pues, querido papá, que la hacienda de Aspremont continúa siendo suya.

—¡Ah, hijos míos de mi alma!, exclamó el barón de Lorgerac.

Pero reprimiendo en el acto aquel arranque, añadió con triste sonrisa:

—Me colma de felicidad, en efecto, vuestra buena fortuna.

—¿Qué dice usted?, interrumpió vivamente Rolanda. Esta buena fortuna es ante todo de usted... Ni Enrique ni yo pensamos vivir en Aspsemont... Nuestros proyectos son muy diferentes, como van a ver ustedes en seguida... Y siendo así, prestará usted un señalado servicio, un servicio positivo, a sus hijos... y a sus nietos, añadió con un ardimiento que la hizo ruborizarse, viviendo en Aspremont, administrándolo a su gusto, dándole valor, haciendo de esta tierra un tanto abandonada, la mejor hacienda del mundo..., y recibiéndonos en ella durante las vacaciones cuando iremos allí a pedir a usted hospitalidad por unas semanas.

Y añadió con su deliciosa sonrisa:

—Sentía usted perder Aspremont; pues bien, no tendrá usted inconveniente en que sean su hija y su hijo quienes se lo devuelvan.

¡Ah! La que había sabido enternecer antes a un corazón de roca, ahora derretía, al fin, un corazón de hielo.

El barón abrió los labios para contestar, pero no pudo... Y acaso también por vez primera dejó caer su cabeza entre sus manos, para ocultar una lágrima ardiente que acababa de brotar de sus ojos.

Pero las emociones del barón de Lorgerac ya sabemos que eran poco duraderas, así es que reponiéndose en seguida, dijo con voz menos dura, sin embargo, que de costumbre:

—Podría decirte, querida hija mía, que me castigas muy noblemente por haberte desconocido durante demasiado tiempo; pero podrías contestarme con razón que empleando tal palabra soy un orgulloso y un ingrato. Prefiero, pues, darte de todo corazón las gracias y asegurarte que procuraré que Aspremont sea para mis nietos una dote regia... Espero que a ello me ayudará Genoveva...

—No, papá, replicó Rolanda con dulzura... Ahora soy yo la que solicita un favor... Genoveva vendrá, como nosotros, a ver a usted todos los años y pasará en Aspremont todo el tiempo que usted quiera; pero se la pido a usted..., la quiero conmigo, dé-mela usted.

—¿Y adónde queréis llevarla?

—Con nosotros, papá.

—¿Pero adónde?

—Lejos... un poco lejos... Enrique tiene un proyecto... Quiere encargarse de la dirección de una explotación minera...

—¡Él!, exclamó Claudio estupefacto.

—¿Esto te asombra?, preguntó Rolanda riendo.

—Sí, un poco... y me pregunto con qué...

—¿Con qué capitales comprará esa explotación?... No te apures, que esa mina no costará nada... Si quieres detalles, te diré que es de plomo argentífero... y que no está en venta, puesto que pertenece a mi abuelo.

—¿En México?

—Sí, ¿y qué?

—¡Y vais a partir todos..., todos!.., exclamó Claudio desolado.

Era ya hora de que también tuviese su parte de felicidad. Por esto Rolanda, en un arranque de misteriosa confianza que llevó un rayo de esperanza a la angustia de Claudio, le dijo:

—No, todos no.

Y acercándose a él, cogióle las dos manos y le arrastró suavemente...

—¿Adónde lo llevaba?... ¡Ah, bien lo vea!.. Hacia una mujer que escuchaba todo aquello tan emocionado..., tan temblorosa... Una mujer que veía a Rolanda aproximarse a ella, y que palidecía..., desfallecía..., pero con un desfallecimiento que no era un nuevo sufrimiento, no...

Y luego aquella muchacha atrevida, aquella terrible Rolanda, que tenía ya la mano de Claudio entre las suyas, tomó la de su madre y juntando aquellas dos manos que se estremecían les dijo dulcemente y con una sonrisa humedecida por lágrimas de ternura:

—Dejadlas así..., tal como la querida muerta las había colocado..., y atrevedos, al fin, a decirnos que os amáis desde hace tanto tiempo.

Y con acento más dulce todavía añadió:

—¡Mamá!.. ¡Se ha hecho tan merecedor de poseerte!.. ¡Y me gustaría tanto que Claudio fuese mi padre!..

—¡Ah, Manuela!..

—¡Claudio!..

EPÍLOGO

En la hacienda de San José, en donde el viejo Casteras parece rejuvenecido de veinte años, hay ahora dos diablillos que corren por entre las piernas del bisabuelo... Y el bisabuelo es feliz, muy feliz... y ya no le inspiran horror los niños... El viejo Casteras no sabe ya lo que son el odio ni el remordimiento...

Enrique ha vuelto con su querida esposa a aquella casa, llevando a ella con su presencia la vida que parecía haberse de ella ausentado. Cuando llegó, después de ser esperado con tanta impaciencia, para ponerse resueltamente a trabajar buscando para sus hijos una dote arrancada a las entrañas de la tierra y noble y laboriosamente adquirida, no iba solo con Rolanda. Acompañábanles otros dos recién llegados a quienes ellos habían introducido, hondamente emocionados, en aquella casa adonde regresaban unos después de otros, todos los desterrados..., todos los perdonados...

También entonces el viejo Casteras había sentido una emoción violenta..., aguda..., pero no de sorpresa, sino de lucha entre su orgullo y su corazón.

La que franqueaba el umbral de su casa del brazo de un hombre ante quien todo el mundo se inclinaba, de un hombre ilustre, de uno de esos hombres a quienes también se llama príncipes..., príncipes de la ciencia..., del brazo de un hombre, podía añadir el padre de Manuela, todo bondad, todo abnegación, todo ternura..., aquella era la rebelde, la condenada, a quien él había arrojado para siempre de su lado...

Pero una voz demasiado dulce a su corazón había abogado..., había suplicado por la que había expiado mil veces su falta con un castigo demasiado cruel...

Por otra parte, después de aquel renacer de dicha inesperada, el viejo Casteras había tenido miedo de una nueva e insoportable soledad..., había tenido miedo de morir solo, sin una lágrima en su agonía..., sin una oración..., sin el consuelo..., el supremo consuelo que lleva al que se va una cabeza de niño..., una cabeza que los ojos, ya cerrados, no pueden ver, pero que se palpa con una mano moribunda cuyo último estremecimiento es una bendición...

Y había perdonado a la que no mentía cuando le gritaba: «¡Soy la viuda de Rolando de Aspremont!» a la que ahora era esposa de Claudio Lecoutellier.

Por lo demás, Manuela no podía pensar en quedarse en México. Había tenido el gozo de volver allí rehabilitada, bella aún como en los mejores días

de su radiante juventud, amada..., no, amada era poco..., adorada por aquel cuyo único amor había sido y orgullosa del nombre que al presente llevaba y que era de los que causan envidia a las mujeres más altivas.

Tenía su reparación de honor; tenía su desquite de felicidad; recobraba su puesto en el hogar...

Pero su destino había sido demasiado cruel, su atroz castigo demasiado severo... y entre Casteras y su hija jamás podría existir el olvido completo..., el olvido que ya no se acuerda de nada..., el olvido que permite que la confianza renazca en el hijo y la efusión vuelva al corazón del padre...

Por esto Manuela, después de haber pasado unos días en San José, regresó sin aflicción, casi sin tristeza, a Francia con su esposo, para instalarse en aquella tranquila casa en donde la felicidad había hecho nuevamente su nido en aquel comedor adornado de flores...

Con Rolanda y Enrique, ya se veían todos los años en Aspremont.

Porque Rolanda sentía por Aspremont verdadero cariño. Allí se había encontrado en seguida como en país natal, como en tierra de antepasados y en sitio de encanto.

Y a Aspremont iba todos los años con Enrique y Genoveva, con Genoveva que muy pronto, porque las niñas rubias como los pájaros cantores huyen un día u otro del nido abandonado, no volvería con tanta frecuencia a la vieja mansión en donde había nacido... Allí en México, también ella había tenido su aventura..., una aventura muy sencilla y sonriente que iba a terminar en una boda más.

Aspremont no le pertenecía ni le pertenecería nunca; pero su hermano la había compensado de esto que para ella ni siquiera era un pesar, dándole, con toda la alegría de su alma, una dote magnífica, virilmente ganada por él en las entrañas de esa tierra jamás ingrata para los que en ella se afanan con grandes esfuerzos. Y de este modo Rolanda, sin remordimientos y sin escrúpulos, encontrábase en su casa cuando estaba en la hacienda de Aspremont.

Allí volvía Rolanda con Enrique, y el barón de Lorgerac, que cada año estaba más envejecido, más quebrantado, recorría con ellos la finca, las arboledas cuyo parque bañan aguas tan límpidas, y les enseñaba, era éste su último orgullo, las nuevas viñas que había plantado, los bosques que había roturado, las praderas que había creado, en una palabra, todo lo que aumentaba de día en día el valor de Aspremont.

—Hijos míos, decíales con su voz siempre breve y dura, a partir del año que viene, habrá que contar con diez mil francos más que yo había añadido a las rentas de vuestra finca.

Y Rolanda, oprimiendo dulcemente la mano de Enrique, murmuraba:

—¿Lo ves, como hemos tenido nuestra casa..., nuestra hermosa casa en medio del bosque y al borde del agua?

—Tú eres quien nos la has proporcionado, amor mío.

—Bien era menester... Tú, allí en México, trabajas en la mina para la dote de nuestro pequeño Rolando..., y yo he trabajado aquí para la de nuestra pequeña Enriqueta.

Y allí están ese Rolando y esa Enriqueta, jugando con Claudio bajo la extasiada mirada de Manuela..., una abuela a quien el otro día el pequeño Rolando, un morenito de ojos negros como los de los Casteras, preguntaba muy seriamente:

—Dime, abuelita, ¿por qué no tienes cabellos blancos? ¿Por qué en vez de ser una vieja eres siempre tan bonita como mamá?

Y Claudio, que se divierte con aquellos niños como un gigante con unos pigmeos, Claudio, que todos los otoños disfruta allí de unas semanas de reposo bien ganado, suspende algunas veces sus juegos para decir a los dos diablillos que le escuchan con gran atención, aun sin comprender el significado de sus palabras:

—Todo esto está muy bien ahora porque sois niños y porque yo estoy de vacaciones; pero, ¡mucho cuidado con el enemigo a quien veo ya reaparecer solapadamente!.. ¡Cuidado con aquel de quien sólo se libra uno por medio del trabajo!

Y Rolanda, que se complace en hacer rabiar a su gran amigo que ahora es verdaderamente su padre, le pregunta:

—¿Qué enemigo?

—¿Me lo preguntas tú que tanto has sufrido por causa suya? El dinero, el maldito dinero.

—Pero Claudio, desde el momento en que el dinero ha vuelto gracias al trabajo...

—A pesar de esto, desconfiad de él.

—Y más que nunca trabajemos de firme, ¿no es verdad?, dijo Enrique riendo.

—Y sobre todo, replica Rolanda con acento de triunfo, amémonos mucho, porque de este modo todo acaba siempre por arreglarse, ¿no es cierto Claudio?

—Sí, señora.

FIN

BARCELONA.—RECEPCIÓN DEL «ORFEO CATALÁ» POR EL OBISPO DR. LAGUARDA

Correspondiendo a los deseos del Ilmo. señor obispo de esta diócesis Dr. Laguarda, el *Orfeo Catalá* visitó en la tarde del domingo 15 de los corrientes a nuestro sabio y virtuoso prelado en su palacio.

La benemérita entidad fué recibida por el doctor Laguarda, a quien acompañaban varios canónigos y la comisión organizadora del último Congreso de Música Sagrada, en el salón del Trono, que se hallaba enteramente ocupado por una selectísima concurrencia.

Después de haber conversado afablemente con la Junta Directiva, los maestros y los coristas del *Orfeo*, el señor obispo subió al trono y les dirigió la palabra en catalán, recordando la provechosa labor realizada por el referido congreso, en la que tan brillantemente colaboró el *Orfeo Catalá*, haciendo notar la admiración que todo el mundo siente por nuestra primera entidad musical; poniéndola como ejemplo de asociación artística cristiana; y afirmando que su fe y el espíritu religioso

que la informa han sido el principal impulso que han conducido a la gloria a la imponderable masa coral que aun antes de que el papa Pío X promul-

rando los tesoros musicales de nuestros viejos archivos.

El discurso del Dr. Laguarda fué calurosamente aplaudido.

El ilustre poeta D. Francisco Matheu, presidente del *Orfeo*, pronunció sentidas frases agradeciendo y estimando en lo mucho que valían los elogios del señor obispo, que habrán de ser poderoso estímulo para que aquél prosiga su labor con todo el ahinco y el mayor entusiasmo. Terminó diciendo el señor Matheu que el *Orfeo* expresaría su gratitud al prelado, cantando algunas composiciones.

Acto continuo el *Orfeo*, dirigido por el maestro Millet, interpretó con su habitual maestría las *Cantatas de Nadal* de Pérez y Romeu, el *Ave verum* de Saint Saens, *Negra sombra* de Montes, *Cant dels aucells* de Millet y *Omágnium mystérium* de Victoria, siendo objeto de continuas ovaciones.

Terminado el concierto, los orfeonistas y los invitados fueron obsequiados por el Dr. Laguarda con un espléndido *lunch*.



Barcelona.—Recepción del «Orfeo Catalá» por el obispo Dr. Laguarda en el palacio episcopal (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

gase su *Motu proprio* sobre música religiosa, había realizado una obra magna en este sentido desente-

los orfeonistas y los invitados fueron obsequiados por el Dr. Laguarda con un espléndido *lunch*.

MELILLA.—JUEGOS FLORALES ORGANIZADOS POR «EL TELEGRAMA DEL RIF»



La Reina de la fiesta señorita Doña Amparo Ramos y su Corte de Amor, formada por las señoritas (de izquierda a derecha) Doña Laura Sánchez, Doña María Paniagua, Doña Alegría Benchianol, Doña Manolita Escudero, Doña Anita Argüelles, Doña Isabel Jordana y Doña Margarita Lacasa. Los pajes son las niñas María Luisa Jordana, Aurora Caro y Mercedes Blanco; y los maceros, las niñas Anita Berenguer y Mercedes Fernández Cuevas. (De fotografía de Welkin y C.)

El periódico que con el título de *El Telegrama del Rif* se publica en Melilla y al cual se deben tantas y tan laudables iniciativas, todas ellas encaminadas a enaltecer el nombre y mantener los prestigios de España en el Norte de Africa, organizó unos Juegos Florales, que se celebraron el día 13 de los corrientes en el elegante teatro Reina Victoria de aquella ciudad.

La sala ofrecía un aspecto brillantísimo; todas las localidades hallábanse ocupadas por lo más selecto y distinguido de la sociedad melillense, predominando en la concurrencia las damas elegantemente ataviadas.

En el centro del escenario, artísticamente decorado, levantábase el trono destinado a la Reina de la fiesta y cobijado por un dosel que remataba la corona real española; a ambos lados del trono había los sillones para las señoritas que formaban la

Corte de Amor. La presidencia y los mantenedores ocupaban una mesa a la derecha del escenario y enfrente de ellos sentábanse las representaciones oficiales.

Presidió la solemnidad el auditor general señor Saiz Pardo y actuó de primer mantenedor el comandante del cuerpo jurídico militar D. Angel García Otermín.

El acto comenzó con un elocuente discurso del director de *El Telegrama del Rif* D. Cándido Lobera, que fué muy aplaudido.

Leído el fallo del Jurado, resultó premiado con la Flor natural D. Marciano Zurita, quien eligió Reina de la fiesta a la bellísima señorita Doña Amparo Ramos, hija del general gobernador de la plaza de Melilla. La reina, acompañada de su Corte de Amor formada por las bellas señoritas cuyos nombres van expresados al pie del grabado adjunto,

pasó a ocupar el trono, entre los aplausos de la concurrencia. La poesía premiada con la Flor natural se titula *Retorno* y es hermosísima. Su lectura fué acogida con una ovación entusiasta.

También fueron muy aplaudidas las demás composiciones premiadas, y el discurso que pronunció el citado mantenedor Sr. García Otermín.

El éxito de la fiesta resultó superior a toda ponderación y cuantos a ella asistieron felicitaron efusivamente al iniciador y organizador de la misma Sr. Lobera y a todos los que con él colaboraron a este acto de cultura y de patriotismo, por el que se ha evidenciado una vez más que no sólo por la fuerza de las armas quiere España ejercer su dominio en aquellos territorios, sino que también y muy principalmente desea imperar en ellos aportando allí los beneficios de la paz, de la civilización y del progreso.—T.

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El mas activo y economico, el unico inalterable.—Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.



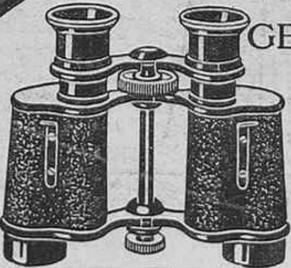
VINO y JARABE

DE
DUSART
al Lactofosfato de Cal

EL JARABE DE DUSART se prescribe a las nodrizas durante la lactancia, a los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, asi como **EL VINO DE DUSART** se receta en la Anémia, colores pálidos de las jóvenes, y a las madres durante el embarazo.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

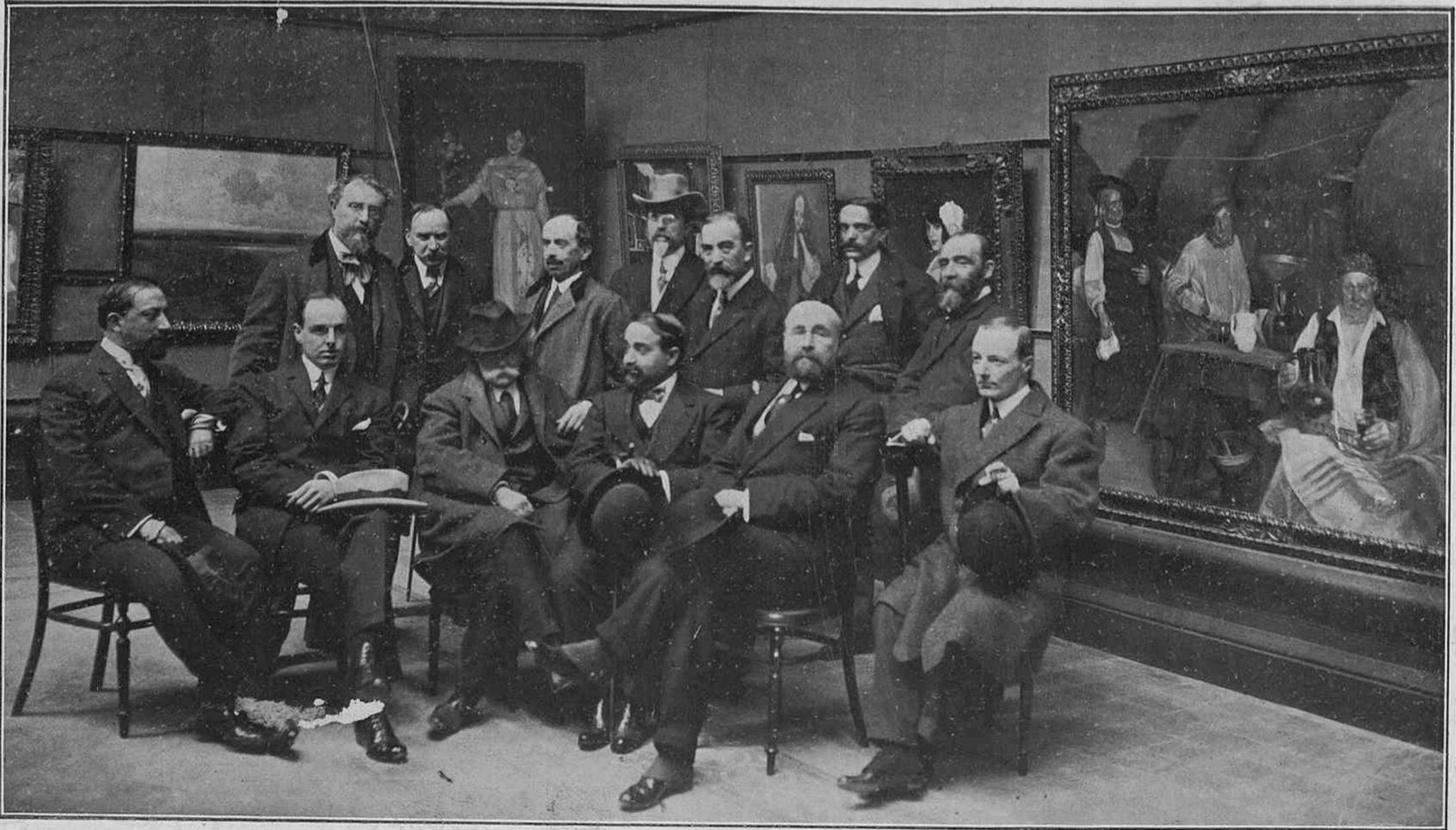
PÍDASE **LEITZ** PROSPECTO J.A.



GEMELOS PRISMÁTICOS
PARA
EJÉRCITO y MARINA
VIAJE y SPORT
TEATRO y CAZA

SE VENDEN EN TODOS LOS
ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR
E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

BARCELONA. SALÓN PARÉS.—XIII EXPOSICIÓN DE LA SOCIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA



El Sr. Parés, propietario del Salón, y grupo de artistas de la Sociedad Artística y Literaria

Sentados (de izquierda a derecha): Sres. Casas Abarca (P.), Martí Garcés, Urgell (M.), Vázquez (C.), Borrás y Puig Perucho

De pie (de izquierda a derecha): Sres. Cusí, Galwey, Sans, Parés, Galofre Oller, Cardona y Meifrén. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

En el Salón Parés se celebra actualmente la XIII Exposición de la Sociedad Artística y Literaria, en la cual se admiran una vez más las obras de artistas cuyos nombres son de antiguo honor del arte catalán. Además de los que figuran en el adjunto grupo, exponen Casas Abarca (A.), Tamburini, Urgell (R.), Oliver, Güell y Ribera; no hay que decir, pues, el her-

moso aspecto que ofrece el popular Salón, en donde los miembros de aquella benemérita entidad, siguiendo la tradición honrosa de ésta, exhiben sus últimas creaciones, no guiados por el afán del lucro ni de la ostentación vanidosa, sino como manifestación íntima, como fiesta familiar en la que anualmente se reúnen los que rinden culto a los mismos ideales.

¿Sufre V. del estómago,

tos, sofocación, palpitations, náuseas, indigestiones, vómitos o jaquecas? ¿Tiene usted dolor de estómago, dolor de vientre o dolores en la espalda? ¿Tiene usted diarrea o estreñimiento? ¿Se le pone con frecuencia la garganta irritada, la boca seca o el aliento fétido? ¿Siente usted malestar general, decaimiento o ineptitud para el trabajo? ¿Tiene usted insomnios o pesadillas? ¿Está usted triste, nervioso y melancólico sin que nada le divierta ni le anime? Es porque su estómago está enfermo, porque funciona mal y digiere peor. Tome usted el **GASTROL MIRET**, que normalizando las funciones de su aparato digestivo, le aliviará en seguida y le curará pronto y bien su enfermedad, por rebelde y antigua que sea y aunque se haya resistido a otros tratamientos. Usándole, digerirá con facilidad y sin sentir molestia alguna los alimentos, poniéndolos en condiciones de ser bien absorbidos y asimilados por el organismo, que se nutrirá perfectamente y recuperará la fuerza y el vigor perdidos, desapareciendo rápidamente todas las molestias que le atormenten; porque el **GASTROL MIRET** es un digestivo sin rival, un tónico poderoso, un antigastrálgico eficaz, excelente desinfectante de las vías digestivas y un rápido descongestionador de la mucosa gastro-intestinal. Ensaye usted un frasco y se convencerá de sus maravillosos efectos. Pida y exija precisamente el **GASTROL MIRET** en las principales farmacias y rechace cualquier otro producto o imitación que se le ofrezca en su lugar. A cada frasco acompaña un librito muy interesante para los enfermos del estómago e intestinos, que remito también gratis por correo a quien lo pida.—**NATALIO MIRET**, Farmacéutico, Verdi, 68. Barcelona.—Agente exclusivo para la exportación: **JACINTO VIÑAS Y MUXÍ**, Barcelona (España).

DE VENTA EN TODAS PARTES

Data de 1849 Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y sano

Casa CANDÈS 85 St-Denis, 20

INNSBRUCK, TIROL

ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO

HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE

FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEE

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉQUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPIADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA

SAVONAROLA — LUTERO — CALVINO — SAN IGNACIO DE LOYOLA
POR D. EMILIO CASTELAR

Esta obra, ilustrada con láminas en colores y grabados en acero, consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadrados con hermosas tapas alegóricas, y se vende al precio de **120 pesetas**, pagadas en doce plazos mensuales, en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE**. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN